

MARTÍNEZ BARRIONUEVO

---

EL DECÁLOGO

—  
IV

HONRAR

PADRE Y MADRE

NOVELA ESPAÑOLA

---

BARCELONA

Imprenta de «La Ilustración Ibérica»

CORTES, NÚMS. 365 A 371

1888

---

ES PROPIEDAD

---

AL

SR. D. ENRIQUE LOPEZ

Querido Enrique: Juré en cierta ocasión no hacer más dedicatorias de mis libros, pero rompo sin pena el juramento para dedicarte uno: HONRAR PADRE Y MADRE. Acógele con igual cariño que el que tú me inspiras, y no olvides que por tu causa me condené.

BARRIONUEVO





## HONRAR PADRE Y MADRE

---

### I

**V**oy á relatar un episodio de mi vida, pero conste que no me habéis de agradecer la confianza que os hago: lo cuento porque así lo quiere el señor que escribe estas líneas, tipo extravagante, literato de oficio, que no satisfecho con inventar todas esas novelas empalagosas que suspenden el ánimo por lo inverosímiles, pervirtiendo á la par las ideas, se permite el

insolente hacerme hablar, valiéndose de un recurso que no digo ahora, pero al que necesariamente me tengo que dar por vencida. Sí, señores míos: hablo porque me hacen hablar, y he de valerme para ello de la dulce frase, cuando haría pedazos ahora todo lo que cogiera á mano; tan atacada de los nervios me tiene el escritorzuelo imprudentón que se vale de su predominio sobre mí para que cuente historias, que, por lo directamente que me atañen, fuera de mi gusto tener muy guardadas.

Ahora, señores, mi presentación: inclinarse un poco: me llamo Juana. Sentiría mucho que no gustase el nombre, pero es el mío, y gracias á que este señor

me permite ocultar mi apellido. Soy duquesa, riquísima y no ya regularmente hermosa, sino la perfección de la hermosura en todo el vigor de los veintidós años. Quiero deslizar... es decir, me precisa deslizar otro detalle: mi estadó es indefinible: me casaron con un vejete simplón, con la manía de los viajes. A los dos días de casado emprendió uno al otro mundo: al americano, se entiende, que si fuera al de los muertos, no estaría yo con las tribulaciones que más adelante sabréis.

Hace ya cuatro años que partió mi esposo, y se dice que ha muerto: no sé, por lo tanto, si soy casada todavía ó si me encuentro nuevamente en estado de mere-

cer. Quisiera no proseguir, porque ciertos detalles de la vida de una mujer de mundo y hermosa conviene tenerlos guardados á la interesada, no solamente por ese temible *qué dirán*, pretencioso *bu* con que la sociedad nos enseña la fórmula de la hipocresía, sino porque las íntimas dulzuras que aun no ha traslucido el pensamiento indiferente, para dejarlas caer luego como alma en purgatorio en el abismo de las historias vulgares, en el misterio mismo tienen su grandeza.

Era también el autor de mis días—*y de mis noches*—viajero famoso. En uno de sus viajes, en el que yo le acompañaba, conocimos al hombre que es ó fué mi marido. Apasionóse mi padre de él

y le entregó á su hija, como una muñeca se regala á niño mimado. Y, por cierto, que el estúpido niño ¡hizo un caso del juguete!

Acercábase el día de nuestro matrimonio: tenía yo diez y ocho años entonces: los poetas de todos los países que recorría, cantaban preciosidades de mis cabellos de oro, de mis ojos de cielo, de mi rostro de nácar, de mis mejillas suaves como terciopelo finísimo; y os aseguro por mi nombre que la última conclusión ninguno la hizo con pruebas. ¡Es claro, ningún poeta tocó mis mejillas! ¡Qué hombres más tontos! Los poetas realistas se engolfaban ardientemente adornando sus plásticos cantares con las curvas salientes

y vigorosas de mi seno, la blancura nívea de mi garganta, mi andar arrogante, la redondez marmórea de mis brazos, la mano blanca, larga y afilada, las suaves prominencias de las caderas y el busto recio, pero fino y aristocrático, con esa aristocracia brillante de la forma, que se comprende por el vigor y la dulzura al mismo tiempo, predominante en el cincel de la estuaria griega.

Cinco semanas hacía que nos hallábamos en Constantinopla. Era por la tarde, y á la madrugada siguiente partiríamos de la ciudad hermosa. Yo estaba triste: padecía una enfermedad del corazón que me postraba en perezoso abandono, envolviéndome,

sin embargo, en una atmósfera extraña de vaguedad suave y dulce languidez, pareciéndome hermosa y triste al mismo tiempo, por el miedo de que terminara. Yo amaba ¡ay! amaba sin el consuelo de ser correspondida. En el Gran Bazar de Constantinopla, entre aquella millonada de seres que pululan representando todas las naciones del mundo, conocí una semana antes al hombre que me había enamorado. ¡Desdichadas de nosotras, que no podemos, como el hombre, dar riendas á los sentimientos benditos del corazón! Pensando así, sentíame algunas veces acometida de estas exaltaciones nerviosas, terribles para todo lo que me rodea: abanicos, chales, flores,

telas ricas de Persia, encajes bellos, jarrones finísimos, todo caía á mis pies, estrujado, roto, hecho añicos.—Pero ¿por qué? ¿por qué?—repetía yo.—¿Por qué no ha de ser posible?...—Y me tranquilizaba solamente cuando prorrumpía en llanto, al que seguía de fijo el perezoso abatimiento y las dulces languideces, goces únicos á que podía aspirar y que disfrutaba en mi tormento de cariños.

Era aquel hombre, alto, moreno, bien formado, de mirada brillante, de movimientos llenos de nobleza: ¡no sabía yo cómo se llamaba, ni conocía su nacionalidad tampoco!

¡Llegó la hora de la partida! Secaba yo mis lágrimas; disi-

mulaba mi angustia. Nos embarcamos mi padre, yo y mi futuro; y al hendir el buque las tranquilas aguas del Bósforo para elejarnos de la ciudad, pareció quedar mi alma prendida en jirones de los minaretes de Stambul.

Los viajeros se encerraron en sus respectivos camarotes. Habíame llamado mi padre dos ó tres veces: yo permanecía enclavada sobre cubierta, mirando un punto fijo, como si quisiera romper con el rayo de mis pupilas el mundo de tinieblas, salpicado de esos encajes blanquecinos precursores de la aurora, que se pronunciaban por instantes, aumentando y absorbiendo las negruras, hasta vencer del todo y difundir sus luces.

Pude observar entonces que otra persona, también sobre cubierta, parecía lanzar una mirada profunda á la ciudad de Constantino, medio escondida aún entre las brumas. Era un hombre. Fijéme en él, y estremecimiento convulsivo agitó mi cuerpo. ¡Qué golpe! ¡No pude resistir! ¡Era él... caí sin sentido! ¡Me desmayaba la alegría! Cuando volví al conocimiento abrí los ojos y lancé un suspiro de satisfacción... ¡Ay! ¡Estaba en sus brazos! ¡Había él acudido en mi socorro; le tenía allí, animándome con frases dulcísimas que vibraban con la gallarda pronunciación española!

¡Dios mío! Cerré los ojos: me parecía un sueño: al abrirlos lánguidamente, se encontraron con

los suyos, haciendo subir con su mirada á mi pecho, mi semblante y mis ojos, yo no sé qué extraños oleajes de fuego, revelados en fuertes palpitaciones de la sangre, tremendas alegrías y rubores divinos... El buque avanzaba dulcemente, cortando las olas; el Bósforo, contento de mi dicha, sonreía plácido, entonando barcarolas suaves; y allá, por la ribera asiática, á que mis ojos daban vista, contemplé el fantástico y movable panorama, los dobles alminares de la mezquita Stauros, las elevadísimas techumbres cónicas del orgulloso palacio Beylerbey, muros cenicientos, derrumbados edificios, artísticas ruinas, risueñas praderas, verde musgo, matajos negros y precio-

sos caseríos nevados, como doncellas ornamentadas con loto y azahares, que se daban las manos para girar en amorosas y fantásticas danzas.

Era español ¡compatriota mío! hermoso, noble, rico... su nobleza, ¡la del alma!; su riqueza, ¡la del talento! Llamábase Augusto Namil; viajaba por necesitarlo así su corazón; y ¡cuántas vigi-lias, cuántas inquietudes habíale costado reunir para sufragar económicamente los gastos de aquel viaje que yo hacía por aburrimiento y lujoso derroche de comodidades y mimos! Cuando supe todo esto; cuando él me lo contó con inocencia de niño, estrechando entre sus manos finísimas las mías temblorosas; me

arrojé, ciega de amor, en sus brazos... Vosotras, mujeres, callad: no os permito la crítica: hacéis lo mismo cuando se os antoja; y aseguro que si llevo mi relato con disgusto, lo quisiera tener callado, no por hipocresía, sino por la belleza del misterio.

Pero él me rechazó dulcemente: su voz afable y entrecortada, oíala yo resonar como deliciosa música de acordes tristes y vibraciones de angustia: me dijo que no debía desobedecer á mi padre, que estaba yo comprometida, que sería después un tormento para nosotros dos, y, además, que él era pobre, muy pobre; que se debía á su madre, pobre-cita anciana; que era su pobreza el mayor obstáculo que nos sepa-

raba, y que tal vez algun día volviésemos á encontrarnos en nuestro camino. Yo he vivido mucho tiempo en desesperaciones sombrías, porque no supe constatar en el acto á sus palabras. ¡Hombre de roca! Sin detenerse ante mi llanto doloroso, le vi desembarcar en el primer puerto á que arribamos.

Nada sabía de él y me era todo igual. A los dos meses de nuestro regreso á Madrid, me casé con el hombre á quien mi padre me destinara, que era canadiense y el viejo más antipático del mundo. A los dos días, ya lo sabéis, partió mi marido. Mi señor padre, murió tres meses después; no quiso marchar á la gloria sin dejar primero consumada la por-

tentosa maravilla de mi matrimonio. Cumpliré con un deber de cristiana: (Q. E. P. D.)

¡Asombraos! Joven, hermosísima y millonaria, por espacio de tres años viví retraída del mundo, en aburrimiento espantoso y pensando con locura en aquel hombre que me tenía desesperada.

Cierto día, después de uno de aquellos accesos nerviosos que me dejaban en postración dulcísima y laxitudes extrañas, ordené que engancharan una carretela. Hacía mucho tiempo que no salía: hallábame con deseos de distraer la mirada en otros más amplios horizontes.

Fuí á Recoletos. El paseo estaba animadísimo, y, sin embar-

go, á los cinco minutos empezó mi aburrimiento. De repente sentí á mi derecha la modulación simpática de una voz que pronunciaba mi nombre.

—¡Dios mío!—pude exclamar solamente. Yo estaba como embutida en el espaldar del carruaje, pero me incorporé de pronto á ver quién me llamaba, quedando con todo el busto asomado sobre la portezuela... y *mirándole* con ansiedad. ¡Era él! Era él, á caballo, vestido de negro con irreprochable elegancia, con el rostro velado de tristeza y con una mirada de súplica para que me contuviese... Pero yo no hacía caso de nadie.

—¡Augusto de mi alma! ¡Ay!

—¿Me quieres todavía?— me preguntó.

—¡Sí! ¡Siempre! ¡Te aguardaba muriéndome! Pero ¿me quieres tú, Augusto?

—¡Con locura! No podía resistir más: he sido débil y te he buscado.

—¿Y tu madre?

—¡Llevo su luto! ¿Te casaron?

—¡Ay!... Sí,—le contesté llorando.

—Pero tu marido...

—No, aquí no: en mi casa te espero, allí sabrás lo que sucede.

Le vi aquella noche y se lo conté todo. Luego... ¡cuatro años de martirio!... ¡jóvenes... ardientes!... los dos apasionados, y él... tan hermoso, con aquel ta-

lento... Y del corazón... ¡de eso no hablo!... Vosotras las recatadas pudibundas, perdonadme si permito alguna vez, no ya con gusto, sino delirante de alegría, que jueguen sus labios con el finísimo y perfumado encaje que adorna el escote de mi bata. ¡Dejad al insigne artista Augusto Namil y á la duquesa Juana que deshojen alguna flor! ¡Que la crisálida de nuestro cariño viva oculta en el fondo de mi más apartado y misterioso gabinete, hasta que, ya convertida en mariposa, pueda salir al mundo y desafiar sus rayos con el reflejo de sus alas de oro: hasta que nuestro matrimonio pueda verificarse!

Pero ¡ay! el cielo divino de

estos secretos amores estará empañado siempre por una nube triste: la silueta desgarrada y estúpida del que me hizo contarlos á todo el mundo; ¡de ese hombre infame, de ese novelista cruel, que fué mi amigo, y que ya no lo será nunca: de ese cuyo nombre os voy...! Pero ¿qué es esto? ¡Una carta que me remiten por el correo interior! ¡A ver? ¡Dios mío! ¡Si es de él! ¡Del novelista! ¡Qué alegría!... Cuando lo sepa Augusto... yo no sé... nos vamos á volver locos. Oid, oid lo que dice y conste que ya nunca hablaré mal de este que es un escritor distinguidísimo y excelente muchacho: con él hago las amistades para siempre.

«Amable duquesa:

»Seguro de que todavía no habrá llegado á su conocimiento, me apresuro á dar á V. la siguiente noticia: acábase de saber por conducto oficial la muerte de su marido, comprobada por desgracia y acaecida hace algunos meses, por naufragio del buque que le conducía. Tendrá muy pronto más detalles.

»Dando á V. sincero pésame y cumplida enhorabuena al mismo tiempo, la saluda respetuoso repitiéndose de V. atento y S. S.»





## II

**T**odo pasó, efectivamente, como dice la carta que habéis leído; pero no creo yo que esa carta sea bastante para juzgar con su lectura á la persona que la escribió. Entre muchas cualidades que la honraban, tuvo siempre un defecto la duquesa: el de no tener sangre fría. Sentíase arrebatada de pronto, enfurecíase por motivos fútiles, ó echábase á llorar tam-

bién por cosa baladí. Era un temperamento ardiente, nervioso, apasionado hasta la religiosidad.

Algo, y aun mucho, de su carácter habéis visto ya en esa carta. Poco favor se hizo á la verdad, ahí: parece como que la duquesa misma se complace en que la crean mala ó de virtud dudosa por lo menos. Seguramente, vosotros habéis visto en su amor á Augusto mucha grandeza y gran constancia, sin que deje por eso de estar escondido en el rincón último del más apartado gabinete, como se esconde á la luz el amor adúltero; y sin embargo de la impureza y olor á barraganía que parece brotar, dulce como la misma ilusión,

de entre las extendidas alas de oro de la mariposa, sin embargo, digo, sabedlo: manteníase Juana pura y Augusto digno. Os parecerá inverosímil, y es cierto: es difícil hallar un carácter como el de Augusto. Sabe Dios si los habrá por millones, pero yo no los encontré. La entereza y la dignidad son una fruta que cultivamos durante la infancia en nuestra conciencia, sin saberlo: pecando para toda la vida, se traga el hombre esta fruta en un segundo, aun antes de ser hombre; se le indigesta conforme se la ha tragado, sufre un poco por la indigestión, que suele ser más ó menos laboriosa, y concluye por amoldarse; queda ya tranquilamente, como nuestros pri-

meros padres en el paraíso y como el árbol sin la manzana.

Augusto Namil era honrado, no le había parecido en sazón la fruta: por eso encontraréis ahora muy lógico lo que dice la duquesa en su escrito. «La dejó el hombre seguir su marcha», sí: por eso desembarcó Augusto en el primer puerto á que arribaron: para ir con su madre, cumpliendo con la misión más santa de los humanos, y siendo aun insuficiente, para que la mujer á quien amaba no contradijera á su padre.» Hé aquí un hombre—diréis vosotros—que cumplía en todo rigor con el cuarto de los preceptos. Así era: no solamente lo cumplía, sino que hizo á la par, con la influencia poderosa

de su cariño, que Juana lo cumpliera también.

En aquel misterioso y apartado camarín de que Juana os habló, no sucedía en absoluto cosa que se prestase al mordisco de las conciencias timoratas, ó interpretaciones malévolas, que es igual: entregábanse por completo á la locura de su amor, es decir, á toda locura no, porque siempre había una valla la más pequeña y la incommensurable y más poderosa que saltar, y eso que era verídico lo que dice la carta anterior; era verdad que en aquel recinto encantado y misterioso, entre el silencio fantástico de la noche se oía alguna vez el beso estampado por Namil en el busto precioso de la

duquesa, en aquella carne fresquísima y perfumada, y que se moría allí Augusto de pasión, cerrando los ojos, temblándole el cuerpo, y escondida la boca entre aquellos encajes finísimos del escote.

Vosotros extrañaréis que un escritorzuelo imprudentón, como dice ella con su mal humor preñado de gracia, que un escritorzuelo así, tenga tanta intimidad con toda una duquesa; pero tiene el caso explicación muy sencilla: vivíamos Juana y yo en una misma casa, aunque en diferentes pisos. Era entonces el padre de mi protagonista un vejete sin ínfulas, muy estrambótico, que cansaba deplorablemente con su eterna manía de los viajes. No

era entonces rico, ni quien tal vió: tenía una renta modestísima y pasó siempre muy malas horas, y se las hizo pasar á su hija, privándola y privándose de todo, con el objeto de reunir, peseta sobre peseta, la suma suficiente para atender á los gastos de un viaje que tenía por lo general poquísima importancia. Quedábase la niña sola, y en aquellos tiempos de soledad triste, como el ave busca el sol que la fortifica, así buscó ella un poco de animación que la distrajese con la compañía de mis dos hermanas y mi madre. Heredó el papá, en cierta ocasión, suma de regular importancia y proyectó un viaje de alguna más consideración que los otros. Tuvo en-

tonces Juana el capricho de acompañar esta vez al viejo, pensando con razón que la ausencia sería ahora larguísima. Lo hizo como lo pensó y en este viaje la conoció el duque, tan viejo como su padre y tan aficionado como él á viajar. Se enamoró el duque de Juana, la requirió de amores, le rechazó ella, se indignó el padre de que le hubiese rechazado, lloró la muchacha, rabió, pateó, renegó destempladamente de aquella hora triste en que se le ocurrió tan descabellado viaje, y como era generosa y buena hija, y el amor á su padre por un lado y el respeto por otro, la intimidaron y la conmovieron, cansada de la lucha cedió al fin, pensando

como triste consuelo que «hon-  
raba á su padre» obedeciéndole.  
Entonces se dispuso la boda, y  
entonces fué cuando Juana co-  
noció al hombre á quien de ver-  
dad amaría.

Aunque Juana lo contó á  
grandes rasgos, ya sabéis lo que  
ocurrió: el casamiento, la mar-  
cha del marido, la muerte del  
padre, la soledad de Juana, y el  
encuentro, por último, con Au-  
gusto, que fué para la sangre y  
para los nervios de la duquesa  
como un ariete poderoso de  
electricidad, devolviéndola como  
en un relámpago la animación y  
la vida, las suaves tintas de rosa  
á su divino rostro y la alegría de  
los cielos á su corazón.

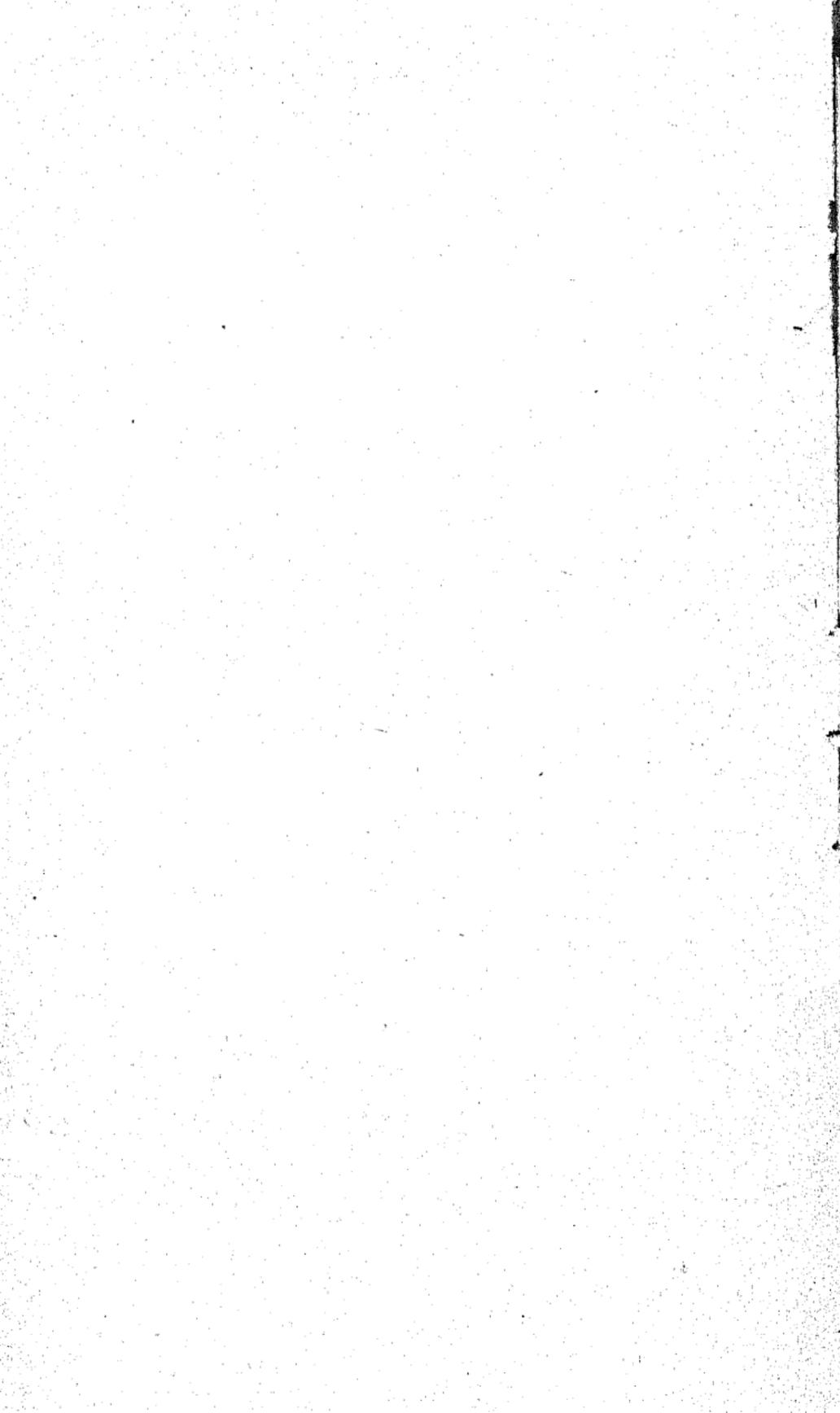
Durante el tiempo que medió

desde la marcha del duque á su primera entrevista con Augusto, en aquellos días tristes de soledad y muerte, no dejó mi familia de visitar á Juana: era con nosotros únicamente con quienes se distraía un poco: por mediación de nuestra amiga conocí yo á Augusto, fuí su compañero y amigo, y estudiándole bien, comprendí que era de valor moral muy grande.

Ya recordaréis lo contenta que Juana quedó, pese á la memoria del viejo duque, con la noticia que yo le di, de la muerte del marido: no tenía la duquesa mal corazón; sin embargo, el pensamiento de que Augusto podía ya ser su esposo, alivió notablemente sus pesares

de viuda. Juró Juana seguir siendo amiga mía y lo es aún para mi honra: díjomelo después verbalmente y me agradó de un modo extraordinario. No os podéis figurar vosotros lo que gustó siempre á las personas dignas la amistad hidalga de aquella hermosa hembra que dió muestras siempre de tener corazón de santa, revelándose como tal en todas ocasiones, desde que tuvo uso de razón.







### III

**A**l morir su madre había quedado Namil solo en el mundo. La idolatraba; y como tenía en ella puesto el amor y la felicidad de su vida, al encontrarse aislado y sin ningún afecto, se abrasó su alma en la gran hoguera, que pareció extinguida hasta entonces, del amor de Juana. Ansió verla desde aquel instante, como ansía la salvación el moribundo. Llegó á tanto su lo-

cura que renegó, en ocasiones, del consejo dado á la duquesa de que obedeciese al padre tirano. Se encontró pequeño ahora de haber sido tan grande, porque el abandono en que dejó á la querida mujer no lo conceptuaba ya en su conciencia como comprobación de cariño, antes al contrario, como desamor y desdén.

Desesperábase Augusto, queriendo protestar de aquellas ideas, y levantábase en su alma inmenso grito de amor y ansiedades. Hubiera querido correr presuroso junto á Juana; pero contúvole otra reflexión noble, hija de su caballerosidad y puritanismo: «Si antes la aconsejé que obedeciera, casándose con un hombre á quien no podía amar, ¿por qué

razón, por qué causa, con qué justicia, he de ponerme hoy en presencia de esa mujer, turbando su triste calma, ya que no su tranquilidad gloriosa?»

—¡Oh, Juana, Juana!—decíase desesperado.

Al hacer examen verdadero de conciencia, no se encontró justo y sí egoísta: confesábase, en contra suya y erróneamente, que el consejo dado á la mujer amada de que se casase con otro hombre, aquel consejo que le partía ahora el corazón recordándolo, como se lo partió entonces también, era debido á otras causas principalmente: al deseo de obedecer á su madre no uniéndose á ninguna mujer mientras ella viviese. Sacaba, en resumen, que

si no hubiera tenido él la obligación de dar gusto á su madre, y juzgándose por este motivo lejos de Juana, no hubiera encontrado tan natural que Juana fuese de otro hombre. Esto le pareció egoísta: sentíase avergonzado, y sentíase más avergonzado aún en la convicción de que era verdad lo que pensaba: de otro modo, no siendo verdad, ¿desearía, por ventura, encontrarse con ella, aunque ahora no se perteneciese? ¡Ay! La obediencia ciega á su madre le hizo ser egoísta con los demás; egoísta y malo, porque Juana no sería feliz: y es que se dan casos en que los hijos se hacen infelices y llevan también la desdicha á todos, por honrar á los padres.

Pretextándose entonces á sí mismo la desgracia y el desconuelo en que estaría la mujer querida, ansió como nunca estar á su lado. Su corazón generoso quería comprender que vería á Juana sin turbar su corazón ni su conciencia: si no se casó aún, podrían ser felices; si no se pertenecía ya, oculto en la sombra, como se ocultan los criminales, velaría por ella. Esta especie de esclavitud misteriosa que se le ofrecía, de este culto callado y escondido en lo más hondo de su pecho, le tranquilizó bastante, porque no se le mostró así tan enemiga la conciencia. Acabó, pues, de decidirse, y á la semana siguiente salió para Madrid, de Barcelona, donde residía.

Reía y lloraba á un mismo tiempo la duquesa, daba saltos como una niña y palmoteaba de gozo; colgábase al cuello de Augusto, loca de placer, jurando que nunca más habían de separarse. Inclino de repente la cabeza sobre un hombro del enamorado, y quedó pálida y fría: era una reacción de aquel gran arrebató nervioso que le causó la presencia en su habitación del hombre amadísimó.

Levantó Augusto blandamente la cabeza de Juana, y viéndola allí, en sus brazos, inmóvil el cuerpo, la faz cadavérica, entornados los ojos, una divina lágrima allí, sola y quieta, en la mejilla, como las lágrimas de diamante que ponen á los san-

tos; al verla allí, desmayada de emoción y de cariño, con aquel arrogante cuerpo que parecía emanar esplendores, esos esplendores sutiles y misteriosos que llegan á nuestro corazón y á nuestra alma como llega el sentimiento puro de la estética y de la hermosura al cerebro peor educado, sólo por una organización de exquisita susceptibilidad nerviosa; al verla allí, abandonada de sí misma, como el vencido que se entrega, blanca como las flores y hermosa como Dios, tuvo piedad de ella: se arrepintió de haber salido de Barcelona; y, no pudiendo remediar el daño, juró allí solemnemente en su alma y en su corazón que la querida mujer nunca tendría

que sonrojarse del amor que le tuvo. El alma generosa de este hombre se levantó así, como guardián sereno de la honra de Juana.

La mujer piensa poco generalmente; se guía de sus sentimientos y nada más: piensa poco cuando su corazón y su cerebro están tranquilos. La mujer que se enamora, esa no piensa nada, es un guardacantón; y si lo estudiáramos, en conciencia, veríase con verdad su estado de idiotismo. La mujer enamorada vive sin saber que vive; es un ciego que camina sin dar un costalazo que le desnude, por el instintomaravilloso humano, que es tan grande entonces como el de la bestia.

Ninguna de aquellas reflexiones que Augusto se hizo, habían pasado por la imaginación de Juana: allí no había cabida para ninguna cosa que no fuesen ilusiones inmensas, como sucede siempre en estos casos: el corazón, no solamente había vencido al cerebro, sino que le invadió en avalancha tempestuosa. Manteníase ella pura como antes de su unión con el duque: no estaba, pues, al corriente de ciertas cosas que puede analizar y definir con más acierto la mujer casada; pero el instinto de que antes hablé, aquel instinto maravilloso é inexplicable, decíale al oído alguna cosa que la encendía de rubor. «¡Cómo se alegrará Augusto cuando lo sepa!»

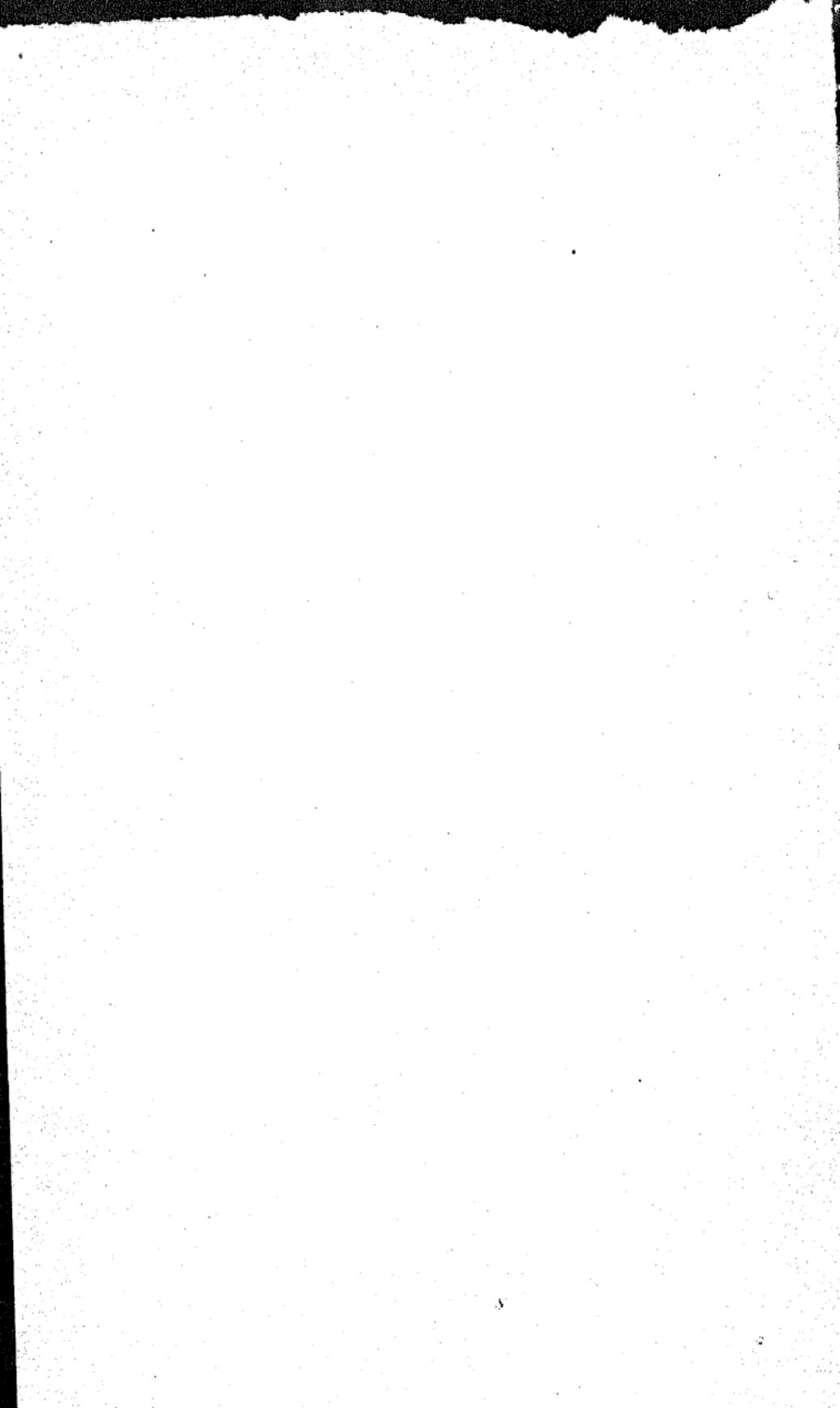
Y ¿qué sería aquello que tanta satisfacción iba redundar para Augusto? Allá, en las noches de soledad misteriosa, cuando sólo veía la duquesa en derredor del suntuoso lecho, vagos é indecisos fantasmas como espíritus melancólicos de las vaguedades y exaltaciones de su corazón enamorado; en aquellas noches largas y tristes como la vida sin ilusión y como la muerte, la memoria de su marido turbaba de pronto su cerebro, como diablo espeluznante que caía de golpe entre un círculo de serafines para dispersarlo; un diablo con sus colores rojos, según datos bíblicos, con su mirada de fuego, siniestra risa y peste de azufre. Allí caía la memoria del viejo duque, dando al traste con

sus melancólicas y resignadas ideas de amor bendito. Ya no se podía consolar en estas horas con el pensamiento de Augusto, aunque sólo tuviera de Augusto el pensamiento y no al hombre mismo, amado y reverenciado, para volverse loca de alegría y sucumbir, sonriente, de amor y felicidad: desaparecía todo ante la sombra de muerte: como tal se le representaba la figura del marido, aquel marido pequeñín, huesoso, cadavérico, de mejillas brillantes y lustrosas como si estuviesen barnizadas, de grandes manos cuyos dedos parecían alambres, piernas torcidas, cuerpo flacucho y pelo gris. Estremeciase entonces Juana al recordar su historia con el viejo;

la tremenda lucha contra el marido, sostenida por la repugnancia de entregarse; lucha triste, en la cual desgraciadamente había de ser vencida; y la sorpresa grata al fin, de la desaparición del odioso mal, cuando ya veía ella imposible sostenerse por más tiempo. Juana era pura así como los albores del amanecer cuando blanquean lentamente la campiña y el cielo. Juana era pura como la nieve que cae. Juana era pura como aquellas flores pálidas cuyos pétalos tiemblan con el peso de las gotas del rocío. Este gran secreto era el que pesaba poderosamente en el corazón de la mujer. Un día y otro tuvo ella la frase en los labios para revelar

el secreto al hombre de su amor, gozosa con anticipación de lo que él gozaría; pero una vez y otra la vergüenza contuvo la frase, como ante el robusto tronco detiénese el alud que rueda por el monte: éste era el secreto divino del amor de Juana.







#### IV

**E**RA una gloria para los corazones honrados ver la alegría de la pobre duquesa; en todo el tiempo que medió desde la marcha del duque hasta que tuvo noticia de su muerte, mostró con verdad su apasionamiento por Augusto y la pesadumbre de la ausencia. No salía nunca, no se mostraba en público, dejó de frecuentar sus anteriores relaciones, y no frecuentó

tampoco las que tuvo nuevamente con motivo de su unión con el duque, aquella unión deplorable y desgraciadísima, que tantas amarguras y desesperaciones la había costado; esto lo hizo por su dolor y como guardando luto, no á la ausencia del marido, aunque esto no estuviese bien, sino por la pena de no saber de Augusto. La reclusión fué luego por otra causa bien distinta: porque no se acostumbraba, no podía acostumbrarse á salir ni un momento siquiera; allí, en su cuarto siempre, en aquel misterioso camarín del amor: cuando estaba Augusto, para dedicar aquellas horas benditas á la felicidad del hombre y á la suya, para volverse loca de alegría, de

cariño y de rubores, para cantarle siempre en unas baladas dulces y divinas las grandezas de su cariño; estando sola, para contemplar y bendecir, sonriente, aquel recinto encantado, donde se consagró la entrañable y loca pasión de la feliz pareja.

Estaba sola en su gabinete. Era una tarde de estío, apacible como el alma de Augusto, y perfumada como el amor de ambos. Vivía Juana en el Prado, allá, frente al Museo de Pinturas; asomábase al mirador á menudo con la esperanza de ver á Augusto, impacientándose sobremanera de no verle llegar pronto: le acometieron ya desesperaciones por su tardanza. Una de las veces quedó en el mirador, allí,

distraída, fijándose con tristeza incomprensible en el espectáculo que ante sus ojos se le presentó. Serían poco más de las seis: escondíase el sol lentamente. Había gran confusión de voces y de gritos entre los muchachos de una y otra acera del paseo. Pareció aquello á Juana todo un mundo de ángeles amotinados, y sonrió melancólicamente: ya podía pensar en todo sin avergonzarse ¡Oh, Dios! ¡Qué bendita dulzura encontrarse mujer de Augusto: ser madre de un niño como aquellos rubios, resplandecientes de salud y alegría; uno de aquellos niños, risueños como la tranquilidad y puros como la gloria; aquellos niños, estrellas que parecerían, sin duda, en

el cielo azul y sereno siempre del hogar y de la casa! Un chiquitín regordete, con largos cabellos castaños, mejillas rojas y piernecitas medio zambas, iba y venía atareadísimo por coger una pelota elástica, más ligera que él, á lo que se veía. Era blanco su vestido, con grandes caídas azules; las botitas blancas también, muy primorosas; el sombrero blanco y azul como el vestido y las caídas. Lo que más hizo sonreir á la duquesa, fué el sombrero medio ladeado y los ojillos vivarachones del chiquitín, que corría á un sitio y á otro detrás de la pelota como va el hombre tras la fortuna. Era un duendecillo jugueton de los sueños de hadas, un angelillo

rojo y azul de hociquín retorcido y ojitos saltones. Distraída Juana en aquello, se le fué la idea desde el ángel azul á los ángeles de la gloria, de la gloria á Dios, de Dios á la iglesia, de la iglesia á una procesión que salía aquella noche...

—¡Ay, loca de mí!— dijo. Y entró en la sala apresuradamente. —¡Señor, como tengo la cabeza! —Dejó su bata; se echó un vestido con la misma precipitación, ordenando que le buscara un coche para no aguardar á que lo dispusieran. Salió á poco, pensando, como toda la tarde, en su felicidad inesperada, de que aun no tuvo Namil conocimiento; y es que la tarde de que me estoy ocupando, fué la del día

mismo en que recibió la carta.

Habíase comprometido desde días atrás á ver la procesión en los balcones de una parienta próxima de su padre. Estuvo en su casa la otra, le arrancó la promesa y Juana se encogió de hombros, diciéndole que iría. Díjosele á Namil por la mañana, y Namil quedó en encontrarse con la duquesa en la casa á que me he referido. Por esto fué la tribulación de la joven: esperando á Namil, recordó de pronto que le estaría esperando él.

Desesperábase Augusto, mientras no iba Juana. La vieja tía, á quien ya tuvo mi hombre lugar de conocer, le era molestísima, resultaba extravagante. Apoyándose de codos en la baranda

del balcón, como lo estuvo Juana en la madera del cierro, quedó como abstraído también con el ir y venir de la multitud. Se aburrió bien pronto. Quería marcharse á casa de Juana, pero aguardó aún, queriendo distraerse con la variedad de tipos que había entre los invitados á ver la procesión: el colocar á cada uno era obra de colosos... Sintió en esto la voz de la vieja. —¡Juana!—dijo alegremente.— Corrió Augusto á Juana, colocándose los dos en el sitio que ya le tenían prefijado. Pero ¿qué pasó á la duquesa, que no tuvo palabras en el instante en que se vió á solas con el hombre, para hacerle partícipe de lo que ocurría? Quedó mirando á Au-

gusto fija y extrañamente: estaba él melancólico, triste, la tristeza dulce de la resignación; á la mirada profunda de la joven, la contempló él, apenado y sonriente á la par. «¡Ay! Era un sacrificio tremendo el que se impuso: un año hacía que se encontró con Juana por segunda vez, y el valor le iba faltando al verla enamorada siempre, hermosa, con la hermosura incitante y terrible, dulce y diáfana á la par, que ya conocéis por la descripción que la misma mujer os hizo.

Comprendió ella lo que sucedía en el alma del amante y pareció gozar con su silencio. La encontró él animada como nunca, alegre, espiritual. Era su palabra fácil, embriagador su aliento.

Quedaron silenciosos súbitamente; silenciosos y mirándose en el hondo y dulce paroxismo de aquel amor de las entrañas. Bullía en la calle la multitud, las mozuelas pasaban contoneándose, con muchos colorines y cargadas de flores; oíanse los requiebros de los mozos, el gritar de ellas, el agudo son de los pitos y las canciones de los muchachos, el repique de las campanas y el bombo del tío Vivo.

—¡Que viene, que viene!—dijeron de pronto.—Y así era: oíase, como sordo oleaje, el rumor de la muchedumbre que se apiñaba compactamente en las aceras; allá lejos, destellaban en la oscuridad, como multitud de pupilas en gigantesca órbita,

las luces de los cirios; delante de las luces el reflejo de los sables de la Guardia Civil, que abría paso á la procesión entre el apiñado pueblo. Vió Augusto rebullir la gente en negros borbotes al sentir las pisadas de los brutos caracoleando. Pero otra vez íbanse uniendo hasta quedar la caballería como aprisionada en aquel oscuro mar de cabezas. Sonó un campanillazo allá, en lo hondo, semejante á plañido triste que lanzaban los nazarenos de la cola; al campanillazo siguió otro más cerca, otro luego más próximo aún; y así, como vigías que dan la voz de alarma, llegó al fin hasta la cabeza de la procesión. Tocó allí el campanillero repetidas veces, se movió la caba-

---

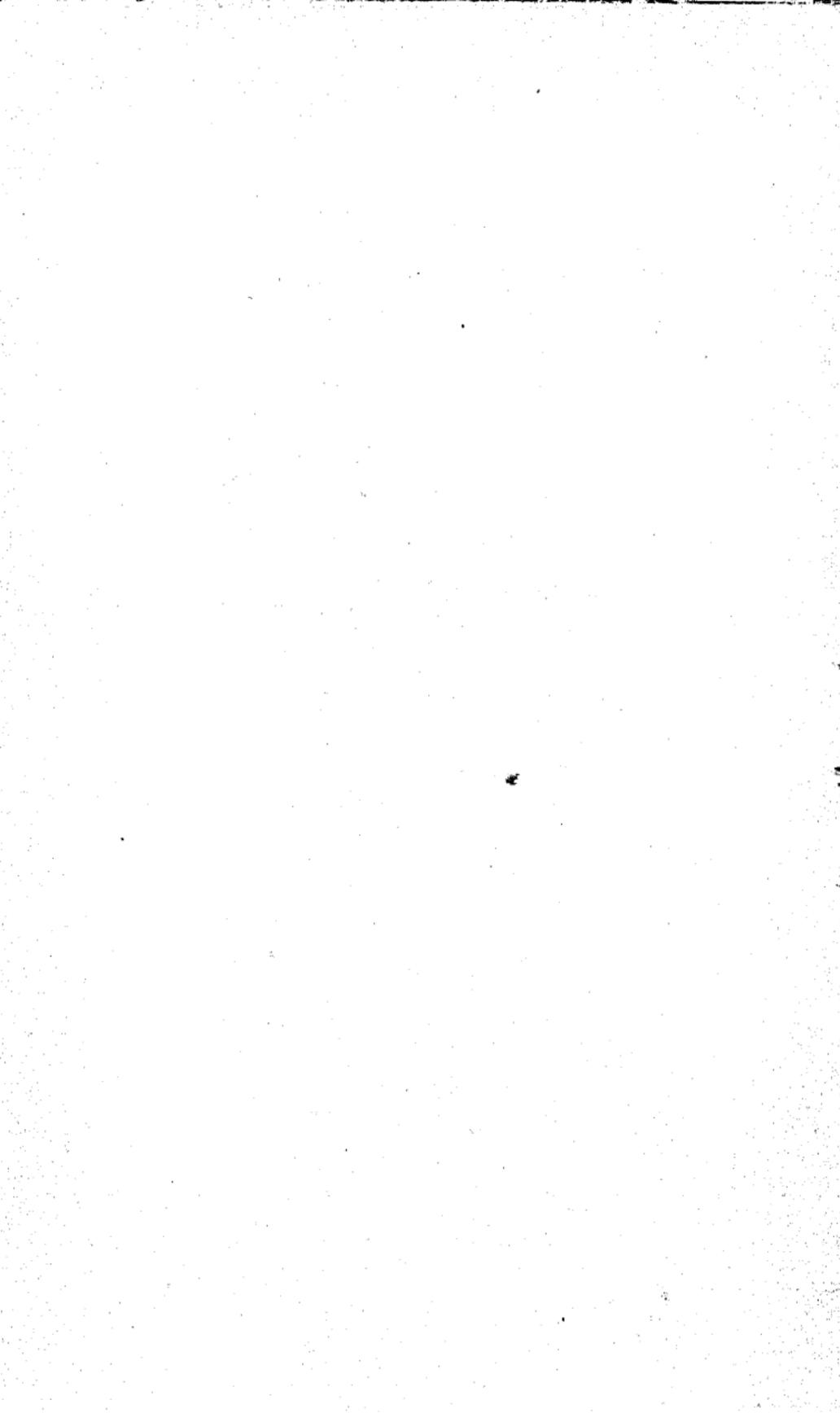
llería, brillaron los sables de los civiles, brillaron también las chispas que arrancaban las herraduras á las piedras, se replegó la multitud silenciosa, y pasaron los civiles primero, tiesos, espantados, seriotos, con sus sombreros sin funda, sus corrajes relucientes, sus tercerolas y sus espuelas flamantitas; un gran nazareno después, con amplísima túnica negra, bordada de oro, escapulario blanco sobre el pecho; este nazareno conducía el estandarte de la Hermandad, aterciopelado, rico, vistoso en gran manera: de los extremos del estandarte pendían cordones con grandes borlas de plata, y, como colgándose de los borlones, dos nazarenillos pequeñines, monos, rubios, riza-

do el cabello, medio espantadas las pupilas y muy formales y metidos á hombres; y detrás, la doble fila de nazarenos, con sus largas colas, sus largos cirios, sus largas caretas de trapo, nazarenos cuya vista recordó á Juana aquellos inquisidores de antaño que ella conocía por haber leído novelas inverosímiles y patibularias.

Tocó un brazo de Namil, y dijo muy bajo:

—¡Qué susto! ¡Parecen inquisidores!







## V

**E**NCONTRÓ Namil la comparación muy lógica: se fijó otra vez en aquellos ojos de mirada profundísima y llena de amor.

—Pero ¿qué tienes esta noche?—interrogó, sintiendo no sabía qué impresiones, en el alma.

Sonrió Juana sin contestar. Suspiró, cerrando los ojos un instante, y miró luego hacia la calle, como abstraída.

La contempló él de nuevo, latándole el corazón y con fijeza extraordinaria, como si no la hubiese mirado nunca. Vestía la duquesa con elegancia y primor: llevaba toca, con un gracejo que tenía mucho de divino. Le pareció á Augusto conmovida por el espectáculo, y le preguntó entonces tristemente:

—¿Amas mucho á la Virgen?

Volvió Juana el rostro: le miró con placidez.

—Sí,—contestó;—muchísimo.

—Veamos á quién de los dos quieres más: ¿á ella ó á mí?

Ella sonreía como los ángeles.

—Mira,—le dijo, picarescamente;—no me hagas pecar.

—No, no; quiero que me lo digas.

—Antes á ti: ahora, la verdad, no sé qué decirte, cuando pienso lo que la Virgen hace por nosotros... ¡Ay, Virgen!—prosiguió, juntando las manos fervorosamente. Y vió Augusto lágrimas en los ojos de la duquesa.

—Pero ¿qué te sucede esta noche?—interrogó otra vez, alarmado.

No contestaba Juana: apartó él los ojos de ella, para mirar á los *inquisidores*, y quedó pensativo.

Paseaban la cola los inquisidores con el mismo grave contoneo que los emperadores romanos paseaban las suyas con desprecio de las despavoridas muchedumbres. Había llovido por la tarde, y las colas pesaban

que ni de plomo: era causa este peso de que las túnicas se les ciñeran por delante, resultando así ridículos los imitadores—en el traje no más—del pobrecito Crucificado.

Marchaban severamente, con mucha tranquilidad y mesura, algunos con la vela apagada. De trecho en trecho iba un municipal encargado de mantener el orden y de conducir este ó aquel sombrero de algún padre de la patria que con el cirio tenía carga de sobra; corría el mayordomo arriba y abajo, con su enorme bastón, ordenando, disponiendo, hablando bajito con éste ó aquél; los campanilleros marchaban impávidos hasta que fuese tiempo de hacer de las su-

---

yas; canturreaban algunas viejas en voz melosa junto á los nazarenos grandísimos que conducían, pendiendo de los correones, las andas de los santos; iban sudorosos los correonistas, jadeantes, con gran repiqueteo de horquillas en las piedras, paso dificultoso, jorobado el cuerpo, como arrepentidos de venir al mundo, por sus culpas ó por el peso que encima llevaban; relucían majestuosamente los pulidos cráneos de sochantres, tenores y demás gente menuda; asomaba por entre la multitud la faz amarillenta y churretosa de algún pillastre preparado para robar los cirios; percibíase sordo murmullo, como zumbiar de enorme colmena; más próximo, el ruido de las

horquillas, las pisadas, los ecos del canto, el de las viejas que rezaban, y el de los tambores allá, destemplados é inarmónicos.

Aproximábase la Virgen entonces y la espectación fué grandísima. Sintió Augusto temblar el brazo de Juana, que tocaba con su cuerpo.

—Pero ¿qué tienes? ¿Me lo dirás? ¿Por qué te pones así?

Se echó á llorar Juana entonces.

—¡Virgen de mi alma!—exclamó.—¡Si tú supieras, Augusto!—No le miró ella entonces: empinábase en el balcón doblando el precioso busto con objeto de ver á la Virgen más pronto: apareció al fin la más venera-

da de las imágenes: la Virgen bendita, la Señora excelsa. Los labios de Juana se movían en blanda oración. Iba hermosa la Virgen: parecido á Augusto muy pálida y con lágrimas en los ojos; tenía el manto tendido, las manos cruzadas en ademán de súplica; vió ángeles á sus pies y palomas sobre su cabeza; la rodearon de flores y de cirios, que relampagueaban sobre el trono reluciente, sobre la corona de oro, sobre las joyas riquísimas, sobre la bordada túnica; parecía marchar entre los grandes hachones encendidos como en nube esplendorosa; se iluminó la calle fantásticamente con las bengalas de colores distintos; llovían sobre la santa cabeza hojas de

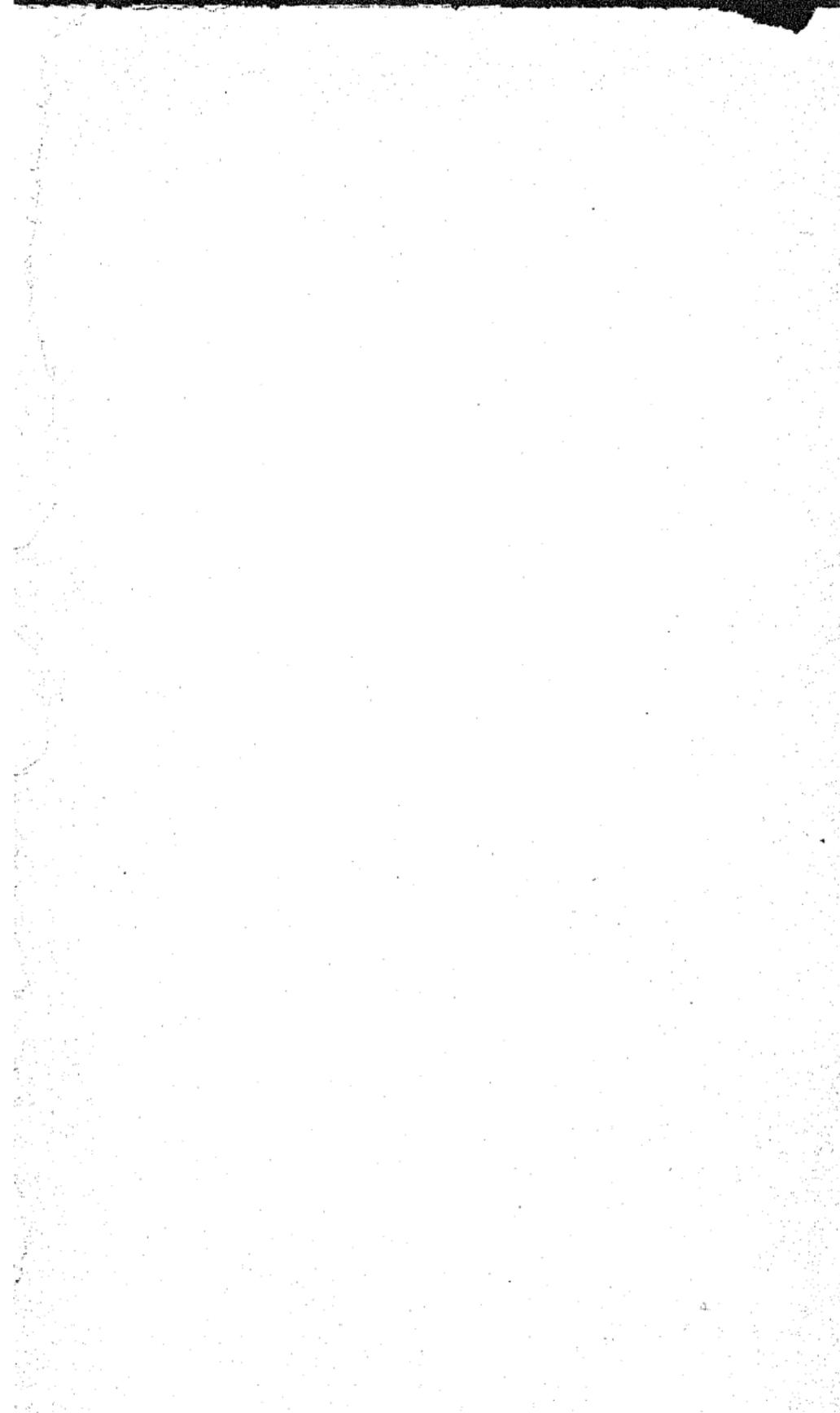
flores como copillos níveos y sonrosados; vibraban las músicas, vibraban los gritos, vibraban las aclamaciones, resplandecían las luces hasta oscurecer los rayos de la luna; resplandecía el gozo y la beatitud en las mujeres y en los hombres; subía el incienso con el perfume de las rosas, llevando al corazón mística embriaguez de hermosas visiones, tiernos poemas y santos idilios; pasó la cabeza de la Virgen junto á la de Juana casi... Juana, la dulce Juana, la miró en éxtasis con las manos cruzadas.—¡Virgen de mi alma! ¡Virgen mía!... --¡A esto se limitó su oración! Por todas partes rezos, por todas partes lágrimas de emoción y felicidad...

Juana cogió nerviosamente un brazo de Augusto.

—¡Mírala,—dijo,—mírala qué hermosa! No sabes tú todavía lo que ella nos quiere... ¡Mírala!

No pudo explicárselo él, pero rezó.







## VI

**C**UANDO llegaron á casa, quiso Augusto despedirse en la puerta.

—No, — dijo prontamente Juana;—sube, sube conmigo.— Y se cogió á su brazo.

—Me ahogo; yo no sé lo que siento,—exclamó después, al llegar al gabinete;—espera un poco que me desnude.

No contestó él. Y ella se metió por la puerta de su dormitorio.

rio, oculta casi con gruesas cortinas.

Quedó allí Augusto, inmóvil, con las pupilas clavadas en las teclas del piano, que estaba enfrente: medio tendido hallábase en el sofá, fijos los ojos con insistencia en el teclado, como si algún poder oculto é invencible le retuviese allí la vista, y sintiendo á la par el rumor vago y estremecedor de arrollar de sedas y finos lienzos: era Juana desnudándose, para cambiar de ropa.

Pensando Augusto en aquel aspecto inexplicable y misterioso de la querida mujer, aquella excitación extrañísima y mal disimulada, sentíase con el corazón lleno de zozobra. ¿Qué pasaría á Juana? En sus ojos apasionados

y brillantes, creyó ver inquietudes, sí, pero no angustias, como otras veces: de haber insistido Augusto en su deseo de que Juana hablase, lo hubiera sabido ya todo, pero el mismo espanto de que pudiera ser triste lo que oyesse, contúvole para no insistir. A esto obedeció su pensamiento de alejarse aquella noche de Juana en la misma puerta: entre la duda de una agradable noticia y la seguridad de otra mala, prefirió lo primero. Miraba el teclado aún: las líneas blancas de marfil y los puntos negros de ébano, le parecían las rayas mágicas del destino: lo que le dijese Juana, ¿tendría el color del marfil ó del ébano? Giró la vista en derredor algunas veces, como bus-

cando en los distintos objetos tal ó cual cosa que le ayudase en la investigación del hado fiel con aquellos puntos blancos y negros. Una sonriente figurita de porcelana, que vió sobre la mesilla del centro, parecióle buen augurio. También tropezó la vista después con un primoroso estuchito de nácar que había sobre la consola. Desde el sofá parecíanle muy bellas, al reflejo de la luz, las suaves ondas, de armiño unas veces y azules otras que hacía el nácar del estuchito. El estuche y la figurilla fueron ya dos buenos hermanos que le favorecían, y estuvo casi para saltar de gozo viendo seguidamente sobre el mismo piano, el abanico que soltó la duquesa al en-

trar: un abanico de gran valor, cuyo valor tenía sin cuidado: lo que le sedujo y alegró extraordinariamente fué la borlita de seda blanca del abanico, que pendía allí, sobre la brillante caoba del piano, meciéndose como el dulce espíritu de la buena magia sobre el oscuro antro del cual se burla y al cual domina... ¡Oh amor, delicioso y divino, cuántas son tus flaquezas! La borla, el estuche y la figurilla, uniéronse en triunvirato feliz para ayudar al hado bueno de la tecla contra el demonio malo del ébano, y creyó Augusto que saltaba del marfil una chispa roja de luz, como mensajera grata de felicidad y dicha.

Se reanimó con estas grandes

pequeñeces de su imaginación, y notó entonces que reinaba en la alcoba un silencio profundo: no sentía ya pasos ni rumor de enaguas. Sin moverse, sin mirar hacia allá, exclamó con impaciente alegría:

—Pero ¿qué haces? Mira: ven pronto ó voy yo.

Quedó recostado no obstante, sin pensamiento de moverse. Como no contestase ella, dijo otra vez en el mismo tono:

—Mira que voy, Juana.

—Embustero: tú no te atreves á entrar ahí.

Augusto dió un salto de sorpresa al sentir aquellas palabras en su mismo oído; palabras que tenían una expresión terrible y no conocida hasta en-

tonces, de pasión y dulzura.

Pero ¿estabas aquí?

Juana había llegado silenciosamente, sentándose en un sillón, junto al extremo del sofá, donde tenía Augusto apoyada la cabeza.

—Sí, aquí estoy: como eres tan atrevido, salí al instante la primera vez que me dijiste que ibas, para que no cumplieses la palabra.

Besó Augusto los ojos acariciadores de la bella mujer, y besó también aquellos labios de sonrisa picaresca y burlona.

—Te burlas porque no soy atrevido,—replicó tristemente; —te burlas de eso, Juana. Si no te quisiera yo tanto, ¡qué ofensa más grande me hubieses he-

cho con tus palabras! No te culpo: sí, tienes razón, tú la has tenido siempre: el hombre que á los ojos de la mujer se presenta como yo me he presentado, no puede ser hombre: es un necio. Yo he podido tenerlo todo de ti, y no lo quise tomar. Esa alcoba ha sido siempre para mí, el tormento, la pesadilla cruel que me agobiaba y me entristecía; ese lugar misterioso y encantado fué siempre para mí lo último de la felicidad de esta vida, el rayo de luz celeste que, partiendo de la tierra se hunde en el cielo para tomar en un mismo ser todo lo que existe de cielo y tierra; y, sin embargo, yo creí faltar á mi cariño y al tuyo profanando esa alcoba; me hubiera

apenado en el alma ver roto ese rayo de luz. No me arrepiento: he preferido siempre la necedad y el idiotismo á la bajeza y á la infamia. Odíame y despréciame porque soy débil, porque no tengo valor para profanar el encanto y el misterio de la pasión que me inspiras. Sí, tienes razón: aborreceme porque he tenido el valor de ser cobarde.

Inclinó Augusto la frente con desaliento, y Juana quedó mirándole enternecida.

—¿Por qué me dices esas palabras?—exclamó al fin.—¿Por qué, Augusto? Comprendo verdaderamente que no tuve razón al hablarte así; pero recuerda, á la vez, que nunca, desde que nos encontramos en esta situación

anómala, tan extraña como triste, te hablé yo de eso, que te habrá parecido, sin duda, cuando así respondes, no solamente venal y estúpido, sino ligero y hasta indecoroso... Indecoroso, sí, porque tus reprensiones significan que has encontrado de poco gusto que yo te incite con mis palabras burlonas á que entrases ahí, como recriminándote porque no lo habías ya hecho.

Quedó algo confuso él, oyéndola. Sufrió de haberla disgustado con la amargura de su lenguaje y la contempló en éxtasis. Ella se aproximó, sentándose á su lado; le puso una mano en el hombro y le preguntó dulcemente:

—¿Me perdonas?

No le dejó que contestase, y, en un cambio brusco de su naturaleza ardiente y nerviosa, exclamó de pronto:

—Y ¿qué? ¿No hemos tenido el suficiente valor para no pecar cuando ninguna valla se nos presentó que lo impidiera? Es que nuestro espíritu mismo se complace muchas veces en atormentarnos, cuando la felicidad está cerca y más sonriente que nunca; pero yo me rebelo contra todo; yo me rebelo, y, aunque me contradiga, no quiero que me perdones, no tienes por qué perdonarme; más aún: aquello de que no te atrevías á entrar en la alcoba, te lo dije sin intención ninguna: fué una ligereza hija de mi carácter

y de la satisfacción que experimento cuando estás á mi lado, cuando estoy á solas con el hombre que me enloquece y pienso en la alegría de que crean en mi maldad y mi amancebamiento contigo—las personas que lo crean—y en el orgullo de mantenerme honrada, aunque testigos de mi honradez sean únicamente mi corazón y el tuyo.

—Pero ¿á dónde vas á parar?  
—preguntó Augusto asombrado.

—No: ¡si ya termino! Mira: á lo que dije antes, jugando y sonriéndote, le quito en este punto todo lo que tenga de frágil y jugueteón, para que resulte de veras. Sí, Augusto de mi vida; ya puedo decirlo, ya nadie tiene derechos sobre mí. Tú solo, tú,

hasta la muerte y después de muerta: ya puedo ir contigo á todas partes, ya puedes tú venir, ya soy tuya.

—¡Ay!—pensó Namil, tembloroso.—Será el buen hado.—Miró á Juana febril.—Pero ¿qué dices?—exclamó.—¿Qué estás diciendo?

—¿Me quieres mucho?

—Pero, criatura, ¡me volverás loco!

—Dímelo.

—Sí, con mi corazón, con mi alma.

Y la estrechó apasionadamente.

Juana, entonces, explicó en una frase no más, lo que ocurrió, y Augusto quedó anonadado por la sorpresa. Ya en sí, no se atre-

vió entonces á mostrar su alegría, encontrándola como una profanación á la sombra del duque.

Comprendió Juana las calladas emociones que el corazón de Augusto invadieron. Sintióse conmovida y orgullosa de tener su cariño, y dijo apasionadamente:

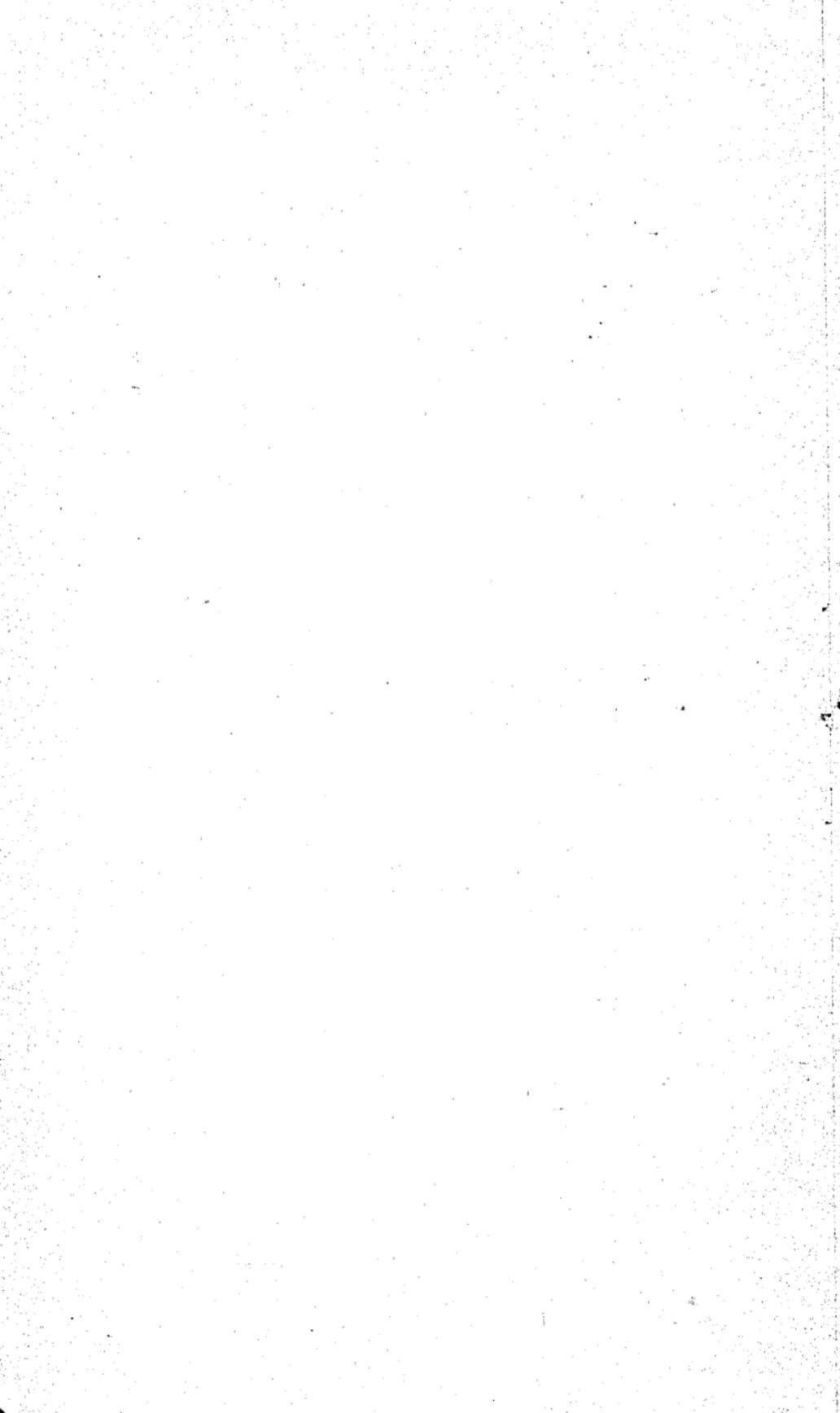
—Tuya; ahora soy tuya; ahora que á nadie tengo que responder de mí; soy tuya, sin condiciones de ninguna clase, tu esclava, tu querida. ¡Oh, déjame,—exclamó en una explosión suprema, recordando sus anteriores palabras que promovieron el disgusto,—déjame que ahora te lo pregunte! ¿Qué necesitas ya para entrar allí?

—Que nos casemos,—contestó Augusto besándola con suavidad en la frente.

Juana dió un grito de alegría, se arrodilló de golpe ante Augusto; sin que lo pudiera él evitar, le cogió y le besó las manos, y dijo con ternura misteriosa:

—Otra alegría que te daré, será tu recompensa.







## VII

**H**AY minutos en que se vive toda una vida. ¿Qué importan en ese instante las amarguras y las penas de luego? La vida que viene es un sol que asoma. ¡Oh ilusiones del alma, cuán bellas sois!

Todo lo encontraban divino en aquel momento dulce de alegría y expansiones: hasta olvidaron en aquel segundo el egoísmo de su propia alegría; hasta

se borró, en aquel segundo, la sombra tétrica del muerto. Y no creáis, uno y otro estaban llorando: lo juro, no me equivoco, porque lo sé muy bien: de rodillas aún, había inclinado Juana la cabeza sobre las rodillas de Augusto y lloró allí de placer bendito: Augusto lloraba igualmente sobre el oro perfumado y brillante de sus cabellos. Era opaca la luz de la habitación; permanecía todo silencioso; por los entreabiertos cristales del mirador, introducía-se un viente-cillo sutil y agradable que movía un rizo de aquella rubia cabeza y un lazo de la blanquísima falda; aquella falda que allí, en la penumbra, hizo la ilusión á Augusto de la nube de oro y

nieve que se rompe para que surja el rayo puro de la luz primera.

Fué un hermoso instante de quietud y gloria, una quietud que parecía de la muerte. ¡Por cierta ley misteriosa del contraste, la dicha tiene en ocasiones la inmovilidad y el estoicismo del no ser!

Y, sin embargo, ¡cuántos y qué inmensos espacios hendidos en esos instantes sólo, por el pensamiento de aquellas dos criaturas, que no se comunicaban mutuamente sus impresiones por miedo de que viniera el desencanto! Para las grandes batallas del sentimiento y del espíritu, para cosas de cielos que se abran y flores que palpiten, dejad á la

mujer: ella discierne y deduce con más grande y entera precisión que nosotros; ella es la que rompe el encanto primero, porque se identifica con él, le comprende; el espíritu delicado y sutil que la anima, está más en contacto que el del hombre, y más próximo y más propenso siempre, por lo mismo, á caer en el éxtasis. Se irguió Juana, y con los ojos húmedos por aquel llanto divino de consuelo, ante el amor puro y fuerte del hombre que había escogido para su amor, le contempló ansiosa.

Así quedó un rato, mirándole, sin hablar, y Augusto la miró también: de rodillas, con las hermosas curvas de su busto, sus cabellos rubios á los que arran-

caba la tenue luz débiles rayos como de sol que sale, su rígida inmovilidad de piedra, sus ojos fijos y chispeantes á la par, de pasión y vida, parecía ella entonces la estatua misteriosa de un gran panteón sombrío y negro, que adquiriría vida súbitamente por mandato divino para glorioso ejemplo de la omnipotencia de Dios.

El cuerpo de la mujer, blanco y duro como la piedra de la estatua misteriosa, se estremeció de pronto en una gran sacudida vital, suspiró Juana, levantó los brazos entonces hasta rodear el cuello de Augusto y dijo lentamente:

—Pero ¿es verdad, Augusto?  
¿Es verdad que me amas? ¿Es

verdad que soy tuya y tú eres mío? ¿Es verdad que nadie podrá separarnos ya en la vida? Dímelo, por Dios: quiero oírlo: no me convenzo como no lo oiga de tus mismos labios. Dímelo, Augusto: yo quiero que me lo digas.

—No,—dijo él, estrechándola sobre su corazón ardientemente; —nadie podrá separarnos, nadie podrá conseguirlo; y mira ahora, Juana,—añadió melancólicamente Augusto,—y mira ahora con la alegría que podemos decir eso, con el orgullo que podemos levantar la frente no habiendo faltado antes: este momento es el galardón de tu fuerza de voluntad y de la mía. Mira tú cómo siempre se alcanza el

premio de haber obrado bien. Te quiero, te querré toda mi vida: nadie podrá separarme de ti.

—¡Ay, qué hermoso es todo eso!—exclamó Juana suspirando.

—Nadie, nadie nos separará,  
—prosiguió exaltadamente Augusto;—ya es hora de que yo te lo diga, ya es hora de que mi corazón se desahogue y palpite tranquilo. Sí, Juana: tú no puedes comprender los tormentos, las agonías de este corazón desde que por segunda vez nos encontramos: las angustias de muerte, el eterno dolor y los eternos torcedores. Yo te encontraba hermosa, ardiente, joven, palpitando en tu espíritu y en tu cuerpo la vida magnífica y exuberante del sentimiento y del amor; yo

tenía que contenerme con esfuerzos terribles para no despedarte en mis brazos; y la tranquilidad que tú siempre viste en mí fué mentida y resultado de mi sufrimiento interior y mi muerte desesperada y lenta como el último y más cruel de los martirios.

Juana suspiró otra vez. Le miraba con ojos apasionados y conmovidos. La apasionaba y la conmovía el comportamiento de Augusto, y desesperábase de no poder expresar su gratitud hacia el hombre nada más que con besos y abrazos. Ella quería más, mucho más, y entonces representábasele el pensamiento de la otra dicha que esperaba á Namil, otra dicha inmensa.

No podía definir la duquesa, con razones precisas, lo que había en el pecho de Augusto. Su corazón decía, no obstante, lo que ella no podía definir: contaba para ello, como intérprete leal, con la intuición divina, que es en la mujer lo de más precio y que más la avalora: sentíase llena de admiración por la fuerza de voluntad de aquel hombre, hija del inmenso amor que sintió siempre por ella, y esto la enorgullecía y la enamoraba más. Habíale visto muchas veces en aquella misma habitación, en aquel gabinete, en aquel nido misterioso, á sus pies, de rodillas, loco de cariño y de ternura, abrazarse á ella, desesperadamente, sin fuerzas ya para la lu-

cha; le vió postrado y rendido en muchas ocasiones y en todas cerró ella los ojos resignadamente. Sí: habíase jurado que jamás pondría su voluntad como raya á los deseos de Augusto; pero cuando Juana creía que llegó el instante final de todo aquel tremendo pugilato del espíritu del hombre, que luchaba con el ardiente, lógico y brutal arranque de la naturaleza fustigada y herida una hora y otra, le vió vencer de nuevo, levantarse de pronto y salir sin mirarla.

Todas estas ideas, los recuerdos de aquella lucha ardiente y noble, como en una explosión inmensa, la hicieron repetir:

—¡Oh Augusto, qué bueno eres!

Sonrió él acariciándola.—Levántate,—dijo;—no estés así. Ven, siéntate sobre mis rodillas, abrázame: así. Ahora deja que te haga una pregunta, pero tiene que ser al oído: venga acá esta cabeza.

Cogió Augusto la cabeza, y quedó contemplándola sin poderse explicar las sensaciones que sentía, por lo grandes y extrañas. Pasó su ardorosa mano por aquel cuello carnososo, fuerte, revelador de toda la inmensa plenitud física de la hembra; besó las ondas doradas de aquel pelo y se interrumpió para contemplar nuevamente á la querida mujer, cuando dijo ella como en un gemido:

—¡Dime eso!

—¿Cuándo nos casamos?

Estremeció á Juana la felicidad, y en aquel estremecimiento nervioso quedó abrazada con más fuerza á quien podía llamar ya su marido. Siguió así algún tiempo, sin contestar, cerrados los ojos, contraídos los labios, latiéndole el corazón y la cabeza inclinada en un hombro de Augusto.

—Cuando tú quieras,—dijo al fin.—¿Qué nos detiene ya?

—Bueno, será muy pronto: verás tú qué pronto será.

Habló así Augusto y terminó con un suspiro imperceptible casi, pero que retumbó en el pecho de Juana como tremenda explosión. Creyó entrever en aquel suspiro una mescolanza

terrible de sentimiento y rabia, de resignación, de cólera y muerte. Se irguió presurosa, retiró la cabeza del hombro, y miró fijamente á Augusto.

—¿Qué has pensado, al suspirar?—preguntó con febril rapidez.—Dímelo, dímelo al instante.

Se turbó él. No supo qué decir.

—Al instante,—repitió ella;—al instante, ó no te quiero.

Cruzáronse las miradas de los dos, y en el relámpago que ardía en la de Juana comprendió que había sido adivinado.

—Pero contéstame, contéstame pronto.

—Y si me has comprendido, —exclamó él,—¿por qué tanto insistir?

—Porque quiero convencerme de que no me equivoqué.

Augusto la miró con tristeza.

—Te lo diré entonces,—replicó.—Pensé en la mañana nebulosa de aquel día en que nos conocimos: densas brumas envolvían la ciudad de que nos alejábamos; no pudo romper el sol, y el buque corría por el Bósforo; estremeciame el ruido de la hélice al cortar el agua, y en los dos lados parecíanme tristes espectros los rotos muros y las mezquitas derruídas. Te vi entonces, y salió el sol; desaparecieron las brumas; los muros rotos y los derruidos templos árabes me parecían, en aquel punto, esplendentes iglesias cristianas para santificar el amor.



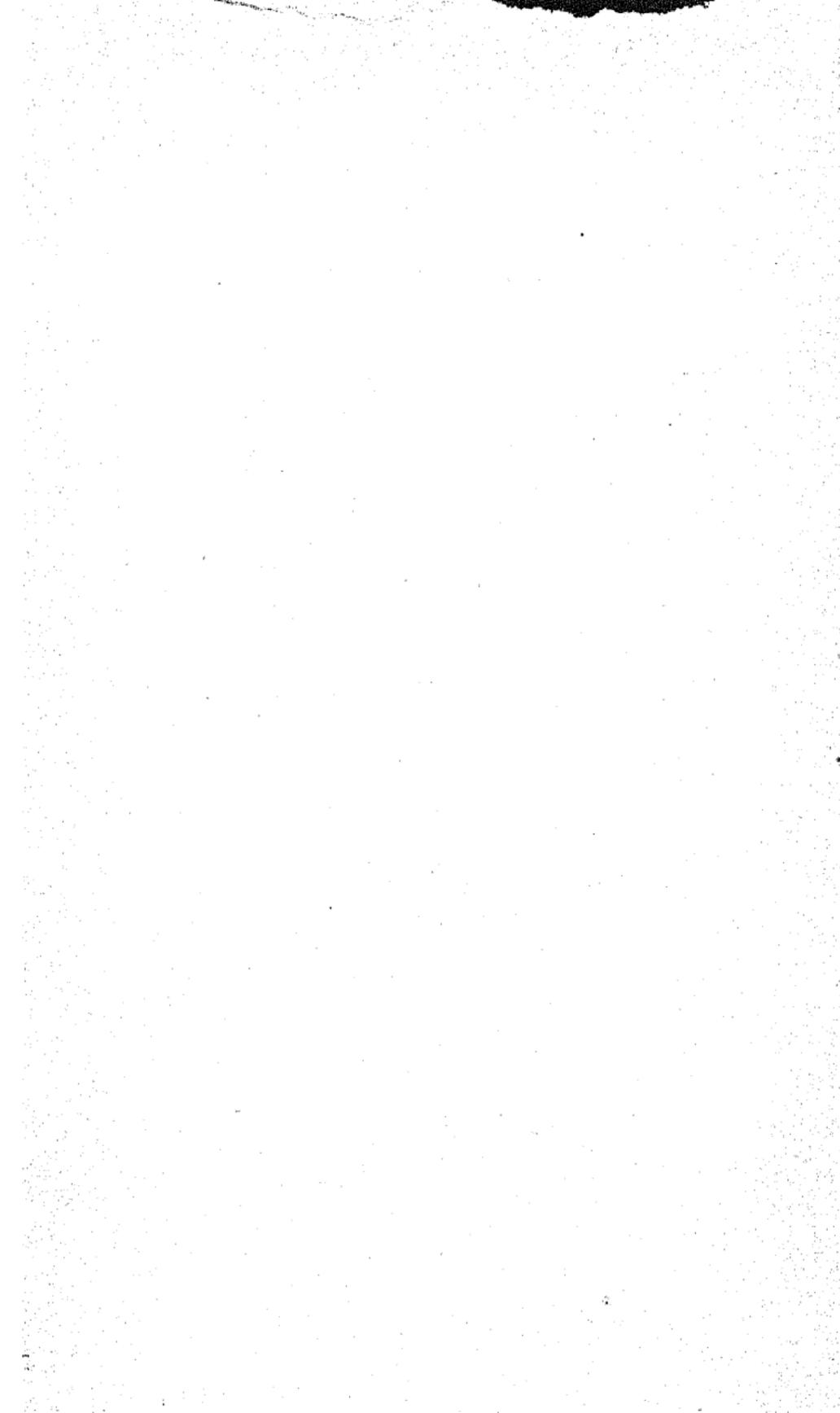
Las flores resplandecían de frescura y el rocío temblaba en las hojas. ¡Ay! Tú eras pura entonces como aquel rocío, tú eras virgen como aquellas flores...

—Eso, eso quería yo que me dijeras,—exclamó Juana interrumpiéndole, impetuosamente. —¿Lo ves? Si yo te había adivinado; pero tú no has podido adivinarme á mí... ¡tú no has podido adivinar que yo soy como antes era!...

—¿Como antes eras?—repitió Augusto, lleno de asombro.

—Sí,—dijo ella con gran dulzura;—como las flores y como el rocío.

Y se reclinó otra vez en el hombro de Augusto.





## VIII

**L**o que sucedió entonces en el corazón de los dos, no lo diré; vale más que vosotros os lo figuréis, porque yo no terminaría jamás. Cruzaron una mirada infinita y parecíanos muertos al mirarse: no hablaron, no se dirigieron una frase. Ella quedó entonces como una estatua de verdad, inmóvil en medio del gabinete, y él allí, en el sofá, también como petrificado. Habló

Juana, al fin, y fué su acento gutural, como el de una criatura que muere por asfixia.

—¿Dónde está?—preguntó á la doncella.

—En sus habitaciones: ordenó que no se dijese á V. nada.

—Bueno: como si hubieras cumplido su orden; que te acuerdes; como si nada me hubieras dicho: retírate.

Cuando se fué la doncella, había perdido ya Juana toda la sangre fría de que inverosímilmente dió muestra en tal ocasión. Corrió á Augusto, se arrojó en sus brazos y estalló en sollozos. Permaneció Namil insensible: fué el golpe demasiado grande y no pudo reponerse aún. Parecía un idiota: le oprimieron

aquellos brazos, sin que experimentase sensación ninguna; bañaron aquellas lágrimas su rostro, sin que se humedecieran sus pupilas: no sintió, no pensó en aquel instante. Comprendió ella todo el dolor y la desesperación terrible que representaba aquel silencio é inmovilidad, y sus lágrimas se convirtieron en ira, una ira dolorosa y más terrible que la idiotez de Augusto. Se irguió indómita, con los ojos chispeantes, desmelenado el cabello y el rostro encendido. Cerró los puños fuertemente, y sin hablar, con la idea sola, con la rabia de su corazón, dijo, refiriéndose al duque:

—Maldita sea la hora en que le conocí.

Miró á Augusto desoladamente. Cogió sus manos, las besó con ternura de ángel, se abrazó otra vez á su cuello y nuevamente aquellas lágrimas desesperadas de amor, bañaron ardientemente las mejillas y los ojos del hombre.

—¡Augusto, por Dios!—exclamó al fin, con el hondo desconuelo que en el alma tenía.—No te desanimes, no me abandones en este instante. Y ¿qué te importa nada de la tierra ni del cielo si yo te adoro siempre y nadie tendrá mi alma ni mi cuerpo como no seas tú? Levanta esa cabeza y cobra ánimos ahora. La prueba es terrible, pero otras hemos vencido también. Apiádate, por Dios, de mí: que á

la desesperación de mi amor imposible, no tenga yo que unir el dolor más grande y más desesperado, de tu abatimiento, que parece indiferencia.

Levantó Augusto la sombría frente y contempló con ansiosa locura aquel adorado cuerpo. Estaba ella hermosísima: á la palidez cadavérica que en su semblante puso el terror y lo inesperado de la noticia, sucedió bien pronto el encendimiento de la fiebre. Aquellos ojos, hermosísimos como la grandeza misma de Dios, centelleaban al abrirse y cerrarse en la exaltación nerviosa, igualmente que el cielo cargado de nubes se parte como por el hachazo de un cíclope para despedir el rayo.

Se deslumbró ante aquella hermosura magnífica. Ahogó un grito supremo de pasión.

—¡Qué hermosa, qué hermosa!  
—repetía con extravío.

Y se apretó ardientemente á la mujer, como para ahogarla.

—Mejor te quiero así,—dijo ella.

Y cejando en toda su exaltación anterior, cerró los ojos, disponiéndose á la muerte.

Pero no: amábala él mucho, y su amor se sobreponía á todo. Aflojó los brazos, y la respiración ya difícil de Juana, fué haciéndose más tranquila: no abría los ojos aún, y Augusto la contempló ahora á la luz medio extinguida...

Dulce y misteriosa ternura

fuese apoderando del corazón de Augusto, al reflexionar en un momento la pesadumbre que aquella mujer sufría por su causa. Su corazón generoso latió entonces por una gran idea, como siempre sucedió. Se encontró injusto y malo de no evitar á la adorable criatura tales sufrimientos. Ella era cariñosa como los niños, ardiente como las ilusiones, tierna como las rosas, y esclava sumisa y leal. No podía transigir Augusto, pasado el arranque primero de su dolor, con la idea triste de que por su causa esta mujer sufriese, para matar en ella todo el encanto de su inexperiencia de niño, de su ilusión de mujer y de su ternura de flor. ¡Dios poderoso! Él era

el obligado á sufrir; él se alejaría para siempre. Tenía Juana juventud, tenía riqueza y hermosura. Obligaría el marido á que se distrajese, y de esta manera concluiría todo lentamente y por consunción. De aquel cariño entrañable, apasionado y tempestuoso, sólo conservaría ella en su alma un tranquilo y melancólico recuerdo, así como esas flores amarillas que las almas piadosas ponen en las tumbas.

Lloraba Augusto pensando así, pero no desmintió su fortaleza, por llorar. Recordó en aquel punto el abandono en que los dos habían permanecido, alarmándose extraordinariamente. El duque se presentaría, de seguro, de un momento á otro: ya que esta-

ba Namil decidido á obrar como había pensado, no quiso comprometer á Juana. Trató de apartarse de sus brazos con suavidad; pero como si ella hubiese comprendido de pronto lo que pasaba en el corazón de su amado, se estremeció fuertemente en una gran sacudida nerviosa, apretó más su cabeza contra el pecho de Augusto, se encadenó á su cuello con más energía.

—No,—dijo en voz lastimera.

—No quiero que te vayas: que venga él. ¡No me importa!

Cumpliendo la misión noble de siempre, quiso hacerla comprender que no era juicioso lo que decía. Fué su lenguaje dulce y triste como una canción leshgiana, y tembló ella de amor oyéndole.

—Augusto, Augusto mío: yo no te quiero perder: yo hago una locura si te vas. ¿No quieres tú que nos vea juntos? Bueno: sal ahora; aléjate; yo te escribiré contándote cuanto ocurra; si es preciso, se lo diré todo; se conmoverá cuando piense en lo grande de nuestro cariño, y en que, sin embargo de eso, no manché su nombre perteneciéndote. Él será bueno: tú lo verás. Él será generoso: yo le prometeré no hablarte, no verte nunca, no escribirte: yo seré su hija; yo seré su hermana: todo lo he de consentir, todo; pero no me exija falte yo á mi cariño: es una justa reciprocidad del alma y de la conciencia; que me permita seguir siendo fiel á mi amor, no

perteneciéndole, de la misma manera que he permanecido fiel á su honra y á su nombre, no siendo tuya... No seré tuya, Augusto de mi alma,—exclamó al fin, entre grandes sollozos.—No seré tuya, pero tampoco me tendrá él: yo te lo juro. Adiós: el último beso: vete ahora.







## IX

**D**EL tiempo transcurrido no supo darse cuenta la mujer. Cuando Augustó salió, rendida y domada por las grandes emociones que tan inesperadamente se sucedieron, se tiró en el sofá, apoyó una mejilla en el respaldo, y allí la postró la calentura. Zumbábale el cerebro con ese ruido de las olas cuando se estrellan. En algún segundo de lucidez, intentó levantarse,

sin conseguirlo. Debieron pasar horas, porque pareció que la piel se le refrescaba; entonces abrió los ojos pesadamente y vió que el postigo del mirador estaba como lo había dejado aquella tarde. Habíase extinguido la luz de la lámpara, y una débil claridad se introducía por los cristales del mirador, poniendo en el gabinete esa penumbra misteriosa y vaga de la noche que termina, con el día que empieza.

Se levantó Juana con gran esfuerzo, no hizo ruido ninguno, no llamó á nadie; con lentitud, fué á la puerta del cuarto, cerró cuidadosamente y, entrando después en la alcoba, se desnudó y acostó á oscuras. Estaba en un estado de insensibilidad que te-

nía mucho parecido con el de Namil, anteriormente.

El frío del lecho pareció dar de pronto vida y luz á la inteligencia: como un rayo de muerte pasó ante sus ojos la figura repulsiva y desagradable del duque; pensó el amor inmenso que Namil la profesaba, la idolatría de ella por Namil... Creyó súbitamente ver al duque después en aquella alcoba, el sagrado recinto al cual Augusto rendía adoración y respeto incontrastable; aquella custodia santa para la consagración oculta y divina de sueños legítimamente realizados: pensando sólo que el marido pudiese entrar allí, se irguió rápida.

—¡No, eso nunca!—dijo.

Se aterró de oír su propio acen-

to en la pavorosa quietud; reclinó otra vez la cabeza, y no debió dormirse muy pronto, porque en aquella misma quietud de muerte escuchábase á veces un suspiro y un acento doloroso, apagado y suplicante:—¿Qué hago, Virgen mía, qué hago?

Era ya muy de mañana cuando despertó. Dolíanle las sienes y tenía el cuerpo como entumecido: intentó llamar, pero recordó que tenía que levantarse para abrir. Así lo hizo: se echó una bata, se recogió los cabellos y tiró entonces del llamador. Abrió la puerta al sentir los pasos, que creyó de la muchacha que acudía, y vió entrar al duque, en vez de la criada: dió un grito de sorpresa; se echó atrás instintiva-

mente: el duque, avanzando silencioso como una sombra, le hizo igual efecto que si no hubiese sabido su resurrección y su vuelta.

Llegó á Juana con toda la precipitación que pudo, y no fué poca á la verdad, que estaba ágil como un diablo y hasta no parecía tan viejo.

Quiso abrazarse á ella, y ella le contuvo suavemente, esforzándose mucho para detener el ímpetu primero de su ira. La presentación inoportuna de aquel hombre, la irritó y la exasperó, aunque fuese su marido el que así se presentaba, y un marido que la quería ver después de larga ausencia.

Fué una situación violentísima para ambos: le rechazó sua-

vemente, como dije; encontró al duque antipático, y su manera de presentarse, la juzgó como una grosería. No tuvo Juana otro remedio que hacer lo que hacen todas las mujeres: la comparación del amante con el marido. Si el duque hubiese llegado á vislumbrar cómo quedaba en aquella comparación, habríase muerto de vergüenza. He dicho mal: no era el duque—ni es, porque no ha muerto aún—hombre de morirse por ciertas cosas. Chiquitín era, pero quedó enano de verdad cuando Juana le comparó con Augusto. Entonces juzgó más grosera é imperdonable la acción de meterse en su cuarto sin avisar, encontrándole así más repulsivo y feote.

Ya sospechaba el hombrecito que la señora no encontraría placer muy grande con su vuelta; pero no pensó nunca en ser recibido de aquel modo. Quedó mirándola como extrañado, y á fe que cualquiera hubiese tenido entonces compasión de Juana: daba ira pensar que aquella mujer, hermosa, exuberante de vida, con las arrogancias y las elasticidades propias de la hembra en estado núbil, viviese un día y otro, un mes y un año, y la existencia, en fin, bajo el dominio de un hombre como el duque de mi historia. Quedábale todavía á la pobre mujer, como débil destello de esperanza última, la idea de que su marido sería condescendiente y discreto hasta el punto

de no darla martirio: esta ilusión aumentó un poco, viendo la sorpresa del importuno. Dominó, pues, su ímpetu de rabia, proponiéndose sondearle. — Yo seré como él sea,—pensó;—si es grosero, dura; si me respeta, noble; si me humilla, déspota; pero nunca he de faltar á mis deberes, eso nunca: quiero ser digna, quiero ser buena, no viendo más á Augusto; pero que no se me pida más tampoco.

Creyó el duque salir honrosamente de la situación violenta en que se colocó, con un recurso de mucho fuste: el de restregarse las manos: lo hizo así.

—Vaya, vaya. ¿Sabes que no parece que hace cuatro años que no me ves?

Esto dijo, con una voz de falsete no muy recomendable por lo poco simpática. Era un hombre especialísimo aquél: lo que más aquilatado tendría en su cuerpo, era la nariz; una nariz modesta, sin grandes pretensiones en el tamaño, y no obstante, todo el cuerpo de este hombre, aunque os extrañéis del símil, parecía una nariz: reiríase el lector de mis explicaciones creyéndolas extravagantes y por eso no las hago; pero suplico la consideración de que se me crea. Vestía el duque una especie de hopalanda oscura, un casquete rojo, y calzaba los pies con ciertas pantuflas, detrás de las que debió ir en sus viajes, como Colón tras las Américas, según el mérito

que él las daba, cosa que se comprendía hasta en su manera de andar: parecía moverse el hombrequito con mucho tiento, como para no pisar recio sobre sus mismas babuchas.

Así, con su saco oscuro flotando poéticamente, su casquetín de borla colgandera y sus pantuflas, hasta donde es imposible concebir, de famosas; restregándose las manos y discurriendo con aquella vocecita que ya recordaréis, fuese para el sofá, sentándose con mucho reposo en el sitio que ocupó Namil la noche antes.

Recordó la esposa con esto la escena pasada, la felicidad conseguida, las alegrías tremendas é incomprensibles de aquella

hermosa felicidad, muerta y llorada más terriblemente cuanto que ya habían empezado á comprenderla; recordó luego la desesperación de Augusto, sus lágrimas, su generosidad, y tuvo la idea súbita de romper por todo, volviendo la espalda á su marido y encerrándose en una habitación, para que no se le indigestase más su figura raquítica y asquerosa de judío liliputiense. Se contuvo: el amor hace milagros, y en Juana empezó á hacerlos, permitiéndola que apareciese con tranquilidad, cuando hasta rugía la sangre y bramaba su corazón de cólera desesperada.

—¡Vaya, niñita, vaya! Mira qué ocurrencia me da: decirte

que estoy alegre de lo que te alegra mi vuelta.

—¿Es una ironía eso, señor?  
—replicó Juana, muy respetuosa; sonriéndose á la vez con una tranquilidad tan dulce que parecía imposible.

—No, mira, yo soy franco: si recuerdo nuestra última entrevista, no me parece hallarte mal. ¡Vaya, vaya! ¡Cómo que entonces te vi á punto de volverte loca y hacerme pedacitos! ¿Sabes que tuve miedo aquella noche? Corté por lo sano y desaparecí. Ya ves: te encuentro muy tranquila, y, siendo justo, va mucha distancia de como te dejé á como te encuentro. ¡Vaya, vaya! Mira una cosa: estoy contentísimo de encontrarte así; bien es ver-

dad que has tenido cuatro años para serenarte. Ya pensaba yo bien cuando decidí verte de nuevo; en los cuatro años habrías tenido lugar de hacer muchas cosas, y yo dije: «Basta de viajes, basta de peligros: al hogar, á la casa: allí, con mi buena y santa mujercita. ¡Qué gusto vivir con ella siempre, mirarme en sus ojos y alegrar mi alma viéndome en los suyos!» Y restregábase las manos el duque al decir esto; restregábaselas desesperadamente, con tal fuerza, que crujían las falanges de los dedazos larguiruchos como cuando chocan las canillas de los muertos.— Pues sí, niña; y en tu presencia me tienes dispuesto á servirte como nunca, amándote como tú

sabes que yo te amo. ¡Vaya, vaya! Como yo supongo la vida de reclusión que habrás hecho al no saber de mí, te desquitarás ahora de un modo notabilísimo: á teatros, á bailes, á paseos; y yo ¡qué orgullo tendré de que tú seas la reina de la moda y de la hermosura! Así me captaré tu simpatía primero, tu amistad después y tu amor por último. ¡Ay, mujercita mía! Tú no sabes cómo padecí en estos años de viajar. Por supuesto que á los viajes les hice yo la cruz para siempre: quiero la tranquilidad, el goce puro de la familia y el amor santo, junto á mi mujer de mi corazón, adivinándola sus pensamientos, dándola gusto en todo, siendo un niño para ella,

su servidor más rendido y su esclavo hasta morir. ¡Ay, ay!—Y seguía, acompañando á la palabra con aquella fúnebre música de canillas de muerto que se rompen.







X

**I**BA sintiendo ella frío de muerte. Las palabras de su marido, vibraban dulces, afectuosas: por lo menos, quería el duque que hiriesen de tal modo su corazón; pero aquellas palabras dulces, quemaban como el fuego y corroían como la lepra. ¡Oh, qué suplicio!

—¿Por qué no te sientas un poco?—prosiguió la vocecilla de falsete.—Siéntate, mujer, dame

ese gusto: te contaré entonces algo que te interesará, puesto que soy tu marido. Ven, siéntate.— Y quiso cogerla de la cintura, para sentarla sobre su rodilla.

--¡En sus rodillas... como con Augusto!—Pensó ella esto y se le heló la sangre: quedó inmóvil... y al sentir los dedos sobre su cintura, parecióronle clavos entrándole á golpes: se echó para atrás aterrada...

—¿No quieres en mis rodillas? Bueno, mujercita, no te disgustes. Vamos, anda: ¡si yo quiero lo que tú quieras! ¿No te gusta ahora en las rodillas? Pues aquí, en el sofá, pero á mi ladito: ¿quieres? junto á mí.—Y cogió con mucha suavidad una mano, como si comprendiese lo duro que eran

sus dedos. ¡Ay! Podría quitar á los clavos su dureza, pero la frialdad, nunca. Se sentó Juana en el sofá, estremeciéndose á menudo, como si temblase de frío: era un autómeta entonces; en aquel instante, el duque lo hubiera conseguido todo, de comprender el estado en que ella se encontraba: lo hubiera conseguido todo, como se consigue de lo inconsciente; pero el duque era un idiota y nada comprendía; era muy pequeño el sofá, como para dos personas sólo: al sentarse Juana, se replegó cuanto pudo: en las dos veces que se echó atrás, cuando entró el duque, y cuando quiso cogerla de la cintura, habíase la deshecho el peinado. El duque siguió en su discurso: no

la miraba entonces: dobló una pierna sobre la otra y contemplaba con cierta contrariedad un desperfecto que encontró en las babuchas.—No puedes tú figurarte las fatigas que pasé, —decía á Juana;—por muerto me tuve en más de una ocasión, y por muerto creo que me tendrán en alguna parte: naufragamos para colmo de penas hará unos cuatro meses. ¡Qué endemoniado mar aquel! Me cogieron unos pobres de la playa, y como en aquellos países de América se hacen las cosas más despacio que aquí todavía y está más desordenado todo, aunque se quiera negar, luego de ver los pasajeros que faltaban, nadie se cuidó más de mí: se dió por segura

mi muerte y la noticia oficial debió recibirse aquí hace poco. ¡Qué sorpresa causaré tan agradable cuando me presente y diga: «No, señores, no, que estoy vivo!» ¡Vaya, vaya! ¡Diablo de babucha! Pues verás...—Levantó la cabeza entonces, fijándose nuevamente en su mujer: habíase avergonzado Juana cuando cayó en la cuenta del poco arreglo de su traje. Con su instinto de mujer hermosa, comprendió que aquel abandono podría incitar al duque á otros pensamientos: aprovechando la distracción del duque, cuando él inspeccionaba su misterioso calzado, se recogía rápidamente el cabello en un rodete que iba quedando allí, con su oro brillante, como un hermo-

so remolino de luz. Al levantar el duque la cabeza, tenía Juana aún las manos atrás, arreglándose el cabello, y sucedió lo que ella con tanto afán rehuía. Quedó callado el duque, como si de pronto le hubiesen puesto una tranca en la campanilla; hasta se olvidó de su babucha. ¡Qué blanco era el cuello de Juana! «Al demonio estas mujeres, que son capaces de acabar con la paciencia y los buenos propósitos del santo más santo.»

Deseó el viejo contenerse para cumplir una promesa que se hizo: él se conceptuaba aún con atractivos suficientes para cautivar á una mujer, y estaba además escarmentado de sus brutalidades de otros días: comprendió per-

fectamente que nada había de lograr así, y era su plan presentarse á ella generoso y bueno. Cuando su mujer viese su conducta, quizás se encogería de hombros á lo mejor, diciéndole en resumen:—Bueno, haz lo que quieras.—No quería, por lo mismo, poner á la duquesa en guardia, pero su organización brutal, no obstante los años que tenía, hacía sufrir poderosamente al reprimirse ante una mujer como la suya, que le producía el vértigo, sólo con verla un pie. Quedó contemplándola entonces, y aumentó por esta causa aquel frío del corazón de la mujer. Sin hálitos para hablar, dió suelta al pensamiento, tras la mirada; corrió y la adelantó, y aquel

pensamiento impío de sátiro, como á golpe de hacha, tiró al suelo de una vez las ropas que la envolvían, recreándose en la ardiente y seductora belleza de aquel cuerpo. Pálida ella como un cadáver, pareció escuchar la sentencia de tremendo suplicio que seguiría; tuvo miedo de hablar ni de moverse, como si un ademán ó una palabra pudieran ser motivo de excitación en el viejo libidinoso. Seguía la devorando él con las pupilas y con el abrasado pensamiento, y aturrida ella, no acertaba con el instante oportuno de abrochar un botón de la pechera de la bata que se había deshecho. El hombre habló al fin: toda la gran tormenta que vibraba poderosa-

mente en su sangre, salió al exterior en un relámpago solo y débil, comprendido en estas palabras:

—¡Qué cuello tienes!—Y le pasó con suavidad la yema de un índice por el cuello.

Las mejillas, la frente, el sitio del cuello que el hombre tocó, y hasta el busto y el cuerpo todo de Juana, se colorearon de vergüenza, sonrojándose como el cielo en la puesta de sol de algunas tardes de estío. El roce de aquel dedo, la expresión de aquellas palabras y las ardientes pupilas, cuya mirada, como gigante mole de fuego, la producía mal-estar de muerte, parecióle un aviso misterioso de las intenciones del duque. Conste que no

pensó esto en el sofá aun, no; habíase puesto en pie de un salto y quedó aturdida, confusa...

—Pero ¿á dónde vas de ese modo?—preguntó su marido, disimulando perfectamente la cólera que le produjo la acción.

Contúvose ella aún.—Voy á llamar para que me peinen: quiero arreglarme un poco: me acababa de levantar y llamé para eso, cuando V. vino.

—Pero ¿por qué me hablas de usted?

Trató de sonreír Juana, y repuso tranquilamente:

—¡Nos hemos tratado tan poco! Días no más... Pero yo me acostumbraré.—Y dió en el timbre con ímpetu. Sintió pasos al momento, y respiró, como si vol-

viere á la vida. Estando allí la doncella, no se atrevería el duque á nada. Se levantó él disimulando aún el despecho y la cólera que sentía, y dijo en voz melosa:

—¡Vaya... vaya! Perdóname si no caí antes en la cuenta. Te dejo pues: yo sé que lo sentirás mucho, pero te dejo por todo el día: hay que hacer bastante hoy... Ea, adiós. Mañana estaremos juntos.—Y allí, delante de la doncella, se aproximó á su mujer, le cogió la barba sin que ésta lo pudiese impedir, porque se la sujetó hasta clavarle los temibles dedazos, la miró un instante con apasionamiento de furia y la hirió en la mejilla con un beso.

No bien hubo salido el duque,

se desbordó en ella toda la rabia y el sentimiento guardados hasta entonces en su corazón: «¡De modo, que viviría siempre en continua vicisitud y sobresalto! ¡De manera, que al fin, un día, si no otro, había de sufrir el tremendo y gran suplicio de pertenecer á un hombre repugnante á quien no amaba y á quien aborrecería desde que tratara de imponérsele!... Pero ¿hasta dónde, Dios poderoso, tiene su límite el deber y la virtud? ¿No basta con que me resigne á perder las afecciones más grandes y dulces de mi corazón, lo que alienta mi cuerpo y mi alma? ¿No basta renunciar al cariño del hombre á quien mi corazón prefiere, llevándole á la desespera-

cion y haciéndome yo desgraciada también? ¿Es preciso pasar por la odiosa y terrible prueba de morir de repugnancia, perteneciendo al otro?

Lloró largo tiempo, conforme las ideas iban formándose en su imaginación exaltada y enloquecida.

La doncella permanecía de pie, inmóvil, sin pestañear. Juana, seguía llorando, desgarradamente. Quedó medio tendida en aquel sofá, que tan dulces recuerdos tuvo siempre para su corazón enamorado. Lloraba aún y era su lloro más triste por eso y más desgarrador; era el llanto de la esperanza perdida. Vino la reacción de costumbre en su terrible naturaleza, y para estallar en-

contró como pretexto á la criada. La miró de pronto, y en desgarrado grito de furia exclamó ardientemente:

—¿Qué haces ahí? ¿Por qué no te has ido ya? Todos, todos queréis martirizarme..... ¡Que te vayas te he dicho! Se levantó, siguiendo á la otra al alejarse, llegó á la puerta, cerró con estrépito, fué de un lado á otro como si huyese de sí misma, y convertido en cólera hirviente el anterior sentimiento, se golpeó fieramente las mejillas, allí en el mismo sitio que el duque había besado, como queriendo arrancarse, loca de desesperación, aquella señal que la enfurecía y la llenaba de oprobio; sí, de oprobio, á ella, y todavía

más á Augusto de su alma. De pensar solamente que era imposible deshacer lo hecho, que era imposible arrancar de su piel el contacto de la boca del marido, rugió frenética y quiso matarse. Encontró baja, soez, mezquina é imposible la idea de amar á Augusto desde entonces; ya no, ya se había manchado. Con aquel encendimiento de su sangre y aquella cólera terrible, parecía su hermosura la hermosura del demonio. Volvió á pensar lo mismo, y no fué ya pensamiento el suyo: fué avalancha tremenda, horrible, tempestuosa. No vió ya nada, no vió más que una nube oscura y tenebrosa que la cegó la vista y los sentidos. La impotencia para ser feliz hizo arder pode-

rosamente la hoguera monstruosa de su rabia, y en aquella lucha inmensa de los nervios revolucionados se rebeló contra todo: la mesa de centro con su engañosa figurilla de porcelana, el estuchito nacarado, la bata misma que se puso al levantarse... todo lo que su vista alcanzó, en fin, quedó roto, hecho añicos. Su divino y blanco pecho de estatua, fue golpeado y arañado por aquellos puños lindísimos que se apretaban con fuerza, pareciendo entonces dos pequeñísimas bolas de marfil con que pretendía probar la dureza y valor de su carne virgen. No encontrando, por último, nada que se le interpusiera, llegó al piano: hallábase abierto. Sentóse en el taburete,

chispeantes los ojos, contraídos los labios, salientes las venas, como delgadísimos cordones azules sobre nieve deslumbrante, y al mismo tiempo que se sentaba, descargó los puños con ímpetu sobre las teclas. Produjóse en el gabinete un estampido, como de cañonazo, y creyó que el mundo le caía de pronto encima y la aplastaba: aquel estruendo repentino, fué como una descarga eléctrica que asestó oculto enemigo contra los nervios amotinados. Quedó inmóvil otra vez, pero en desesperación sombría. De nuevo volvió la idea á sus tristes elucubraciones del duque, de Augusto, de su terrible esclavitud, de su amor muerto, y, ocultándose el rostro entre las ma-

nos, exclamó acongojadamente:  
—Pero ¡Virgen mía! ¿Por qué me engañaste?

Miró desoladamente hacia la alcoba, como si algún fantasma terrible y tentador le dijese al oído candentes palabras, se echó á llorar con más tristeza y acongojamiento que nunca, y dijo así, con voz entrecortada por los sollozos:

—Todo menos deshonrarme: no, Virgen mía, no seré de Augusto.





## XI

**H**ACE ya muchos días que no sé de ti, ni sé tampoco si recibes mis cartas. Creo algunas veces que me moriría si no las escribiera, y por eso lo hago, aunque abrigue la duda de que lleguen á tu poder. ¿Cómo se explica tu silencio? ¿A qué causas obedece tu conducta misteriosa? ¡Ay, me lo explico! Si yo pudiera desconfiar de ti un segundo no más, me volvería loca, pensando

que eso es desamor y abandono. Pero tu silencio me hace sufrir mucho más que si desamor y abandono fuera; sí, tu silencio me hace sufrir más, porque mido por él tus aficciones y tu desgracia. Tú tienes el alma muy grande, Augusto; tú eres más digno que yo de la felicidad, porque siempre te encuentras más dispuesto que yo al sacrificio; tú no me escribes ni vienes á ver á tu Juana, llorosa y desesperadísima como vive, porque has renunciado á toda idea de relaciones conmigo, para no hacerme faltar á los deberes sagrados que yo contraje, no ya con el hombre á quien legítimamente pertenezco, sino á mi honra misma.

Haces bien en no verme: tu

• fuerza de voluntad espanta por lo grande, y yo la admiro. ¡Ay, Augusto! Pero tú no comprendes hasta dónde llega la mía, tú no sabes cómo aniquila el cuerpo y envejece el corazón esta lucha, á la que he tenido que consagrar mi vida: habiendo tú renunciado á mi cariño, tal vez haga mal en no declararme vencida, tal vez debiera cerrar los ojos, dejándome morder y devorar por ese viejo tigre avaro de un amor que yo no comprendería nunca; tal vez debiera hacer eso, entregándome maniatada á mi destino; pero entre mi marido y yo se pone á todas horas tu querida imagen, seria y triste. Esto me alienta cuando más débil debía encontrarme, y prosigo

nuevamente la lucha: á solas, llorando por ti: acompañada de él, defendiéndome de su amor, que me mata.

»Yo comprendo, Augusto, lo que en ti sucede, y con el fervor grandísimo de mi alma te hago una súplica: que no tomes lo que voy á decir como prenda que deseo mostrarte, comprobadora del sacrificio que haga por ti, guardándome de él. No creas eso nunca, porque, sin adorarte como te adoro, menos aún, sin haberte conocido, aunque mi corazón estuviese libre completamente, jamás me entregaría á ese hombre. Esto será pecado, un pecado muy grande, porque al yo consentir en llamarme suya le hice mi dueño y señor; pero yo me con-

fieso pecadora, espero el castigo, si lo he de tener, y pecco á sabiendas jurando que jamás seré suya.

»Repito que comprendo lo que te sucede: tú cumples con tu conciencia de hombre honrado dejándome á merced de mi marido; tú cumples así con Dios y con tu alma. No me ves y no me escribes, y tal vez me aconsejarías, si me escribieses, que cesara en la lucha, obedeciéndole y olvidándote á costa de mis sentimientos más caros. Pero sé también, como si leyese en tu corazón entristecido, que si al fin me vencieran, si yo al fin entregara este cuerpo mísero, causa de mis pesares y de las furias malditas de ese hombre, todo acabaría para ti, el cielo y el mundo, el sol que

alumbra y la vida entera. ¡Pobre Augusto mío! No desconfíes nunca de mí: si en esta situación anómala en que nos encontramos, los papeles se truecan, por ese gran corazón de que Dios te dotó; si yo, desdichada como soy, llena de crueles incertidumbres como vivo, he de ser la que te fortalezca y anime, lo haré cumplidamente, como mi amor y los deberes de ese amor me exigen para contigo. Continúa tú con esas ideas grandes que me fascinan y conmueven de orgullo, pero déjame que yo defienda, ya que no nuestra dicha, tu tranquilidad á lo menos.

En mi carta anterior te dije la escena ocurrida últimamente. Yo le pedí que nos separásemos, y

él me contestó con una sonrisa que me inspiró miedo, como me lo inspira todo lo que de él emana. Esto me ha convencido de la imposibilidad de que mi deseo se cumpla, aunque yo trabajase para cumplirlo. Está, como siempre, amable, cariñoso; pero le quisiera mejor airado y colérico: de ese modo tendría yo razones para estarlo también, evitándome el otro suplicio de fingir en su presencia la tranquilidad de que carezco, cuando me mira ó me habla. Adiós, Augusto de mi vida: no seré suya sino á la fuerza: para eso tendría que ultrajarme y no se atreverá.»

Cada una de estas cartas, hacia á Augusto el efecto de una ilusión muerta. «Era verdad. ¡Sí!

Juana le comprendía, Juana sabía leer en lo más profundo y misterioso de su corazón entristecido y enamorado. Era cierto lo que la pobre Juana dijo, y aquella comprobación del amor grande de la mujer, le enamoraba y le conmovía más, desesperándole así, y llevándole á unas ideas terribles, como las del crimen y de la muerte. Cumpliendo con un deber que creía sagrado, ni contestó siquiera á las cartas apasionadísimas; pero cada una de ellas fué un dolor cruento: sostuvo consigo mismo gigante lucha, más encarnizada, más aterradora aún, que la sostenida por Juana con el duque. El duque era un viejo ignorante, despótico, sin Dios, sin conciencia, sin educa-

ción, sin principios. Se casó con Juana por el orgullo, sin duda, de tener una mujer hermosa: no la amaba: sentía en su cuerpo las sacudidas fieras que le produjo siempre el olor á carne: no había en su corazón esa fibra misteriosa del sentimiento que suaviza y llena de sublimidad la pasión terrena, preconizándola así y haciéndola digna de las grandes pasiones. Allí no había otra cosa que el instinto brutal: no pudo conseguirla y la abandonó. Pasó el tiempo, distrayéndose, haciendo creer á todos en su muerte y alimentando de tal manera un amor entrañable en Juana por otro hombre que no era él. Volvió cuando quiso, junto á la víctima: volvió para ase-

diarla y martirizarla continuamente, cuando podía tener el orgullo de que esta mujer, abandonada, sola y llena el alma de una pasión terrible, no había manchado su apellido perteneciendo al hombre de su amor... ¡No: jamás! El duque no tenía derechos sobre Juana. ¿Acaso la unión de dos seres por el juramento santificado de la Iglesia ha de dar á uno la potestad tremenda de hacer una víctima del otro? Mentira: no podía ser así. Dios era bueno y no pudo jamás acatarlo. La Iglesia que santifica en nombre de Dios lo que Dios quiere, no podía protestar tampoco. La santificación de la Iglesia en este caso ¿es un absurdo? ¿es un mito?—No, Juana

es mía y solamente mía: yo lo probaré; y si no puedo probarlo al mundo, me lo probaré á mí mismo: eso es bastante.»

Se preparaba entonces á escribir una carta llena de amor, de fuego, loca: en los renglones que escribiese se desbordaría todo el apasionamiento y la amargura de su corazón; allí haría comprender á Juana que la conducta de ambos al abstenerse de ser felices, como podrían serlo, resultaría un crimen mucho más grande que la falta que cometiesen. Desesperábase de no encontrar frases á propósito para decir con entera precisión lo que en su cerebro y en su alma había, volviendo por último á su estado normal de mesura y juicio: era

imposible todo. ¡Pobre Juana! ¡Qué poca suerte tuvo! Todo se malograría en ella: el carácter, la juventud y la vida, con los amores y la dulce felicidad malograda. ¿Y quién era responsable de todo?

Poníale sombrío esa pregunta que se hacía continuamente: pensaba en su madre, y pensó á la par en el padre de la duquesa: si ambos, Juana y él, hubiesen tenido tesón, la una para contrarrestar las aberraciones de su padre, y el otro para disipar en su madre el deseo ó la extravagancia de que permaneciese soltero en tanto viviese ella; si de tal modo hubieran obrado, siendo buenos hijos siempre, habrían conseguido á la par la dicha. En-

enfurecíase Augusto de pensar así: enfurecíase contra su madre, contra Juana y contra todo lo existente; pasaba los días de este modo, ya renegando de su destino, ora queriendo escribir á Juana, y acariciando en muchas ocasiones la idea de matar al duque. Volvíase loco y desesperábase. ¡Matar al duque! ¿No merecía la muerte por las torturas que estaba haciendo sufrir á una mujer tan generosa como Juana?—¡Ay! No: de este modo estaría después entre Juana y yo esa imagen sangrienta y repulsiva, para turbar nuestro reposo.

Comprendió Augusto, por otra parte, que el duque no había de cejar en sus pretensiones: hizo historia en su imaginación, mu-

chas veces, de lo que oyó contar del duque, referente á su carácter, su temperamento, sus costumbres, su manera de ser en todo: hasta encontró quien le contase anécdotas horribles relacionadas con este hombre funesto, anécdotas que probaron su brutalidad, su grosería; su corazón mezquino, su temple miserable y canallesco... ¡Pobre Juana! Ella no conocía aún á su marido; ella confiaba demasiado, creyendo que no había de pasar de cierto límite. ¡Pobre mujer, que tenía confianza en el respeto que á la mujer se debe!

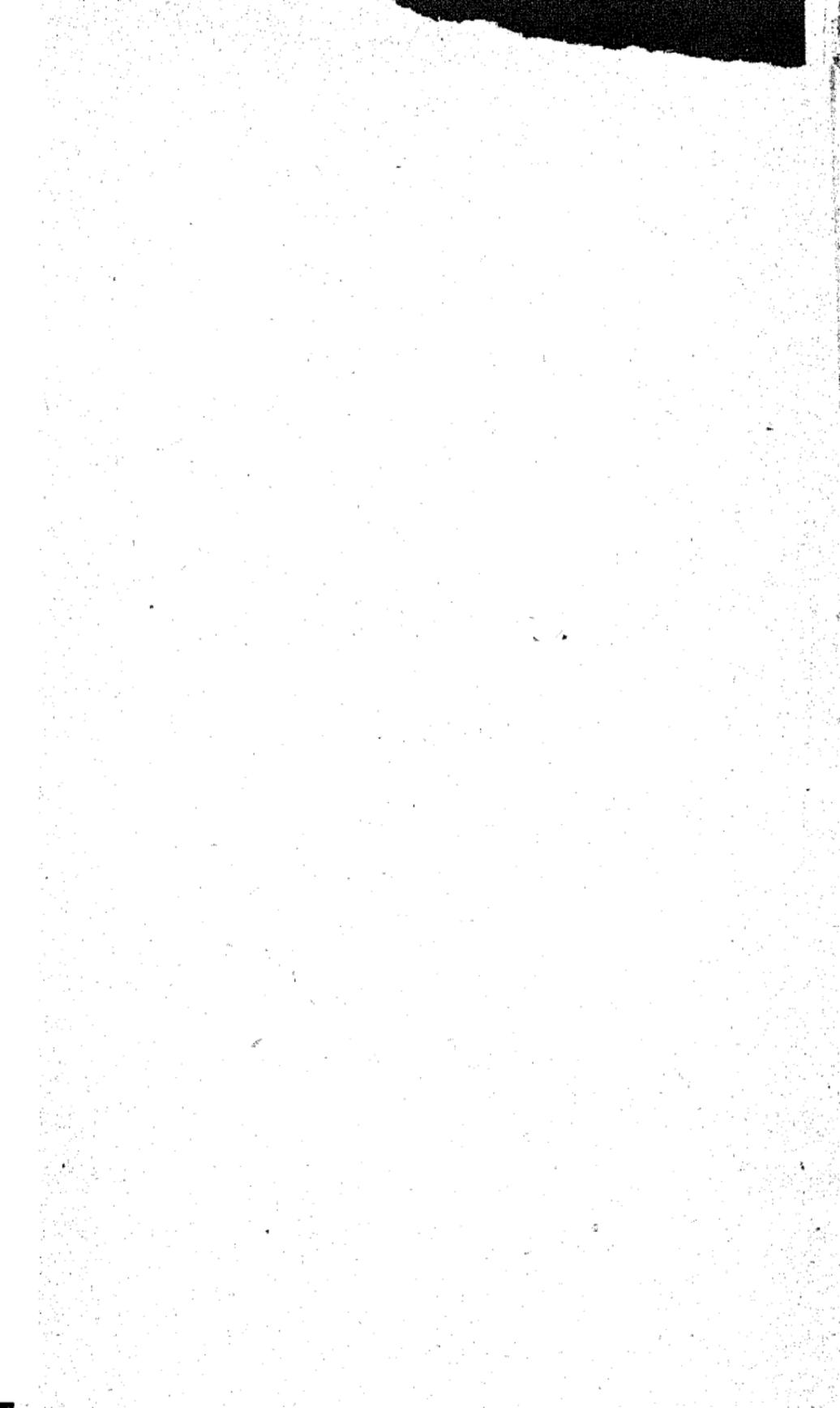
En una de aquellas grandes exaltaciones de su corazón recto y en batalla contra su amor sin

límites, recibió otra carta, que fué la última:

«Adiós, Augusto: no puedo más; huiré á la primera ocasión que encuentre; no voy contigo, porque sería huir de una desgracia para caer en otra; acuérdate alguna vez de tu pobre

»JUANA.»







XII

**L**A última impresión recibida, fué como el espolazo terrible en las mismas entrañas de la fiera. Se levantó indómito y salió precipitadamente, como con idea de dirigirse á casa del duque. Sentía en el pecho hervor estertoroso y más hubiera querido morir que no aquella agonía de las aflicciones de Juana. «¡Qué hará esta mujer, Dios poderoso! ¡Qué hará esta mujer sola en el mun-

do, sin ayuda de nadie, sin amparo, expuesta á las asechanzas y á los peligros de que por su juventud y su hermosura ardiente se rodea!»

Estaba oscureciendo entonces, y vagó al azar por una calle y otra, hundiéndose en el abismo de su propio dolor, sin fuerza para desecharlo ni vencerle; recordaba con opresiones cruentas del corazón, aquellos días melancólicos y tranquilos de su vida, aquellas horas plácidas en que conoció á la mujer que hoy era motivo de su hondo desconuelo y su desdicha irremediable. Su madre muerta, Juana infeliz y condenado él al suplicio de no encontrar remedio que evitase el de la mujer querida. Iban

encendiendo el gas, y aquellas luces que de pronto le saltaban á los ojos, eran como relámpagos de la tempestad que ardía en su cerebro. Deteníase inconscientemente junto á los escaparates de las tiendas, y se estremecía de ver su cara en el cristal, como dándose miedo de sí mismo; y era así: se inspiraba, no ya miedo, sino repulsión y horror de no encontrar un recurso para que Juana, la mujer bendita y adorada de su corazón, saliese de aquellas hondas agonías en que batallaba; de no ser bastante á protegerla y darle la quietud y la paz querida. ¡No! ¡Si él era su mayor enemigo! ¡Oh, los padres! Verdaderamente, los hijos son ingratos y desdeñosos para

con ellos, pero es triste y desconsolador hasta la locura, que un hijo noble llegue á la desgracia por su propia nobleza, como si Dios en un hijo solamente quisiera castigar la ingratitud y la miserable condición de todos... Así iba Augusto, sin saber ya á dónde iba: andaba y veía constantemente á sus pies un medroso abismo de lágrimas y sombras. La tarde fué desapacible: poníase el cielo sombrío: ni una estrella, ni una débil luz arriba, precursora de la esperanza: era una aglomeración de nubes negras y gigantes, que amenazaban romperse. Creyó Augusto, por un momento, que sobre aquellas nubes había otra humanidad; que iban las nubes á par-

tirse, no pudiendo sostener el peso de aquella otra vida que allá palpitaba.

Ni por un instante había salido su pensamiento honrado del círculo en que giró siempre; ni por un instante se rebeló, en medio de su cólera, contra la ley de la razón y de la moral; ni por un instante su alma, ansiosa de luz, halló la solución del conflicto, como la generalidad de los hombres lo hubiera hallado: esto es, entregándose al porvenir en compañía de Juana, prescindir del mundo y la sociedad, y olvidarlo todo. Cuando creyó, en su fiebre, que allá, sobre las nubes próximas á partirse, había otros mundos y otra vida, por vez primera hirió su cerebro el rayo de

una luz siniestra: la de huir con Juana.

Detúvose en un principio como espantado de su propia idea.— Señor: ¿estoy yo loco, ó es que todo tiene un límite y al fin el hombre ha de hacer paces con su conciencia, acogiéndose como á una religión de alma, á lo que antes le parecía oprobio y deshonor?—Se avergonzó de haber pensado aquello: procuró desechar tales ideas, haciéndoles frente con toda la energía de su voluntad indomable. Lo quiso la suerte: era lógico, natural. Juana sería de su marido tarde ó temprano: era imposible encontrar otro remedio. ¡A resignarse y á morir!

Se orientó de donde se encon-

traba. ¡Oh, cómo anduvo sin darse cuenta! En la plaza del Rey, serían las nueve y media de la noche, escuchábase la música del Circo y se deslumbró con la iluminación que en la fachada lucía, contrastando con la imponente oscuridad del cielo. Titubeó un poco aún:—No, es imposible. ¿Qué haré yendo á su casa? ¡Ni escribirle siquiera! ¡Adelante!— Y se metió en el Circo.

*Mamita Pipinell*, la hija de *la reina del cañón* y *el rey de los juegos malabares*, estaba trabajando: ya se lo figuró Augusto, en medio de sus mismas abstracciones, al oír en la calle continuo rumor de palmas y gritos en concertante con la música.

Era un frenesí lo que sentían por *mamita* Pipinell. Como todo lo que estoy contando, es verídico igualmente lo que voy á decir ahora. Recuerdo una noche en que saltaba *mamita* Pipinell sobre un alazán castaño, fogoso, de crin fina y recio empuje. Iba Pipinell como figura luciente en peana enorme. Galopaba el caballo, y la faldita de gasas níveas levantábase con el viento, hasta tocar su filo la brillante coraza de raso celeste. Oyóse el grito convencional del director de la pista y dió Pipinell una vuelta en el espacio para quedar de pie sobre el lomo de la bestia; pero no fué así: perdió *un tiempo*, sin duda, y cayó al suelo: pareció que el caballo la

pisoteaba y fué la confusión terrible: lloraban las mujeres, gritaron, hubo desmayos, convulsiones; los caballeros lanzáronse á la arena; pero por fortuna se había lastimado un pie solamente. Cuando á las tres noches salió á trabajar de nuevo, tuvo una ovación grandísima: cayeron en la arena grandes ramos de flores, arrojáronla palomas, la regalaron dulces, alhajas, y ella, inclinando la grave cabecita, colocábase las manos sobre el pecho en demostración de gratitud.

Era un gozo estupendo la vista del sombrerete puntiagudo de Pipinell al salir ésta al Circo todas las noches, para ejecutar sus trabajos de payasillo incipiente, ceñidas las mallas á sus

piernas delgaditas, el vientrecillo chupado, los brazos abiertos, grotesco el ademán y embadurnado de harina el rostro. Parecía tipo sobrenatural el de aquella niña de diez años: deleitaba al público, no sólo por sus gracias de clown en miniatura, sino con sus ejercicios ecuestres, acróbatas y gimnastas, distinguiéndose mucho en sus trabajos de la barra fija, aquel pedazo de hierro redondo, liso y esmerilado, con lustre en el centro, de la manita callosa de la pequeña Pipinell; distinguíase también en los equilibrios de la cuerda floja y arrancaba bravos de admiración en los trapecios volantes que se mecían pérfidamente allá, muy alto, junto á las lonas del techo. Admirá-

base más aún, porque al concluir sus peligrosos trabajos vestía el trajecillo airoso de pana, calábase su gorrito de terciopelo con pluma gris, sentándose luego en un palco con su famosa Ketty en la falda, aquella muñeca, regalo que hizo á la niña algunos meses antes un abonado del Circo de Lisboa, á quien sin motivo no miraba con muy buenos ojos el rey de los juegos malabares.

Hizo Augusto conocimiento con Pipinell algunas semanas antes, del modo que sabréis ahora: Se acercó una noche al palco, y ella quedó mirándole con aquellos ojos suyos de míope, encogidillos, como si tuvieran miedo de abrirse demasiado pronto

por no ver de repente el lado feo de la vida.

La dirigió algunas frases, porque le era muy simpática, y con un movimiento gracioso de mujercita precoz, inclinó la cabeza, agradeciendo. La ofreció luego un duro para que regalase á Ketty, y Pipinell lo aceptó gustosa, exclamando con candidez de limbo, en un español chapurradillo que daba gusto:

—¡Ay, bien! La compraré un pañuelo para que se abrigue.

Era la muñeca de resortes: tocó Pipinell con sus dedos el vientre de Ketty, y ésta lanzó un chillido de rata.

—¿Veis? Os da las gracias, señor.—Dijo esto Pipinell y estrechó la muñeca en su regazo

con verdadero cariño maternal.

Aunque hacía un calor de los demonios, todas las noches que siguieron á la en que Augusto la hizo el regalo, presentábase ya la remolona Ketty envuelta en gran pañolón, descubriendo sólo parte de la carilla y los ricitos blondos, como circe rusa enterrada en monte de pieles.

No quiero distraer vuestro ánimo con el relato de cosas antiguas: me limitaré á referir lo que ocurrió aquella noche. Había acudido el público más numeroso que nunca. Respirábase una atmósfera pesada. La gente de las galerías hallábase en excitación no para descrita: alegres, orondos, satisfechos, con los rostros enrojecidos y las pupilas

---

chispeantes. La carita seria y los ojillos dulces de Pipinell volvía-los locos. Los palcos estaban llenos asimismo: brillaban las joyas de las damas, destellando con el reflejo de las luces de gas, profusas, movibles, reverberantes, resaltando acá y acullá, en las columnas, en los palos de traviesa, irisándolo todo como con movibles estrellas amarillas; asestábanse las miradas de unos y los gemelos de otros en el cuerpecito escuálido de Pipinell, que daba vuelcos allá en la altura, en la barra del trapecio volante, aquel trapecio que se mecía pérfidamente, rozando la lona gris de la techumbre. La *reina del cañón*, la madre de *mamita*, estaba en el palco sosteniendo á Ketty

en la falda, mientras concluía Pipinell su faena de deleitar al público para consagrarse á los cuidados maternos.

Augusto amaba á Pipinell porque encontraba en ella esos dulces misterios y esas alegrías melancólicas, extrañas en un niño. Augusto adivinó siempre, en esta criatura angelical, el alma verdadera de una madre; y si hubiese podido olvidar las batallas ardientes de su cerebro aquella noche, las hubiera olvidado, de pensar en *mamita* solamente. Vestía la niña de color de rosa. Sentábase en la barra del trapecio para tomar descanso, y saludaba al público, que la aplaudía rabioso; saludaba con la cabeza y con la mano y sonreía al mismo tiem-

po: ¡la sonrisa de *mamá* Pipinell! aquella sonrisa que hacía cautivos: yo creo que si la agonía sonriera, haríalo al modo de Pipinell saludando.

Saltaba la niña de un trapecio á otro, agarrándose con los pies, con las manos, con los dientes: veíase unas veces cabeza abajo cayendo los rizos, que la envolvían el congestionado rostro: hubo un instante en que se excedió como nunca: no daba saltos, volaba, mejor dicho, semejando mariposilla de oro huyendo del calor de las luces y las miradas de los indiscretos: parecía otras veces angelillo de alas invisibles cerniéndose en mitad del espacio. El público aplaudía frenéticamente, estallante, y Pipinell seguía

en las alturas como insectito alado y luminoso.

...Se oyó de repente un alarido general de angustia terrible; se contrajeron todas las facciones por el espanto; lanzáronse todos á la pista. ¿Qué lumbre misteriosa quemó de repente las invisibles alas del ángel? ¡Pipinell había caído dando tumbos hasta chocar horriblemente contra el suelo!

Augusto quedó pálido y consternado como si hubiese visto morir á Juana.

Los artistas corrían de un lado á otro para calmar á la multitud.—¡No ha sido nada!—repetían.—Los payasos hacían cabriolas y gestos cómicos, y decían disparates, y arriba, en una pla-

taforma empingorotada, los músicos todos soplaban furiosamente en desconcertante monstruo, sin duda para calmar con este nuevo terror las emociones profundas de que estaba el público poseído.—¡No era nada, no era nada!—Escuchábase esta frase en todos los labios. No era nada, efectivamente: luxación de una rodilla y ruptura de un brazo por no sé dónde.

La madre, desolada, quiso correr al sitio de la catástrofe, pero la detuvieron algunos, y allí quedó cogida á Ketty con el mismo cariño que si fuese Pipinell. Pudieron contener á la madre, pero no callarla. Los que conducían á la lisiada *mamita*, llevaronla, pues, hasta la *reina*

*del cañón*. Miróla ésta profundamente, con ansia, con frenesí: ¡era una *saltimbanquis* que amaba á su hija!

No decía Pipinell una palabra, no gritó, no gimió: tenía el semblante cadavérico y los ojos tristes.—¿Qué hacen que no te curan?—aulló así la madre, no viendo á médico alguno. Cogió la pierrecita de Pipinell, la vendó fuertemente con unos trapajos y besó luego la venda. No tuvo después con qué vendar el brazo: giró una mirada febril, vió la muñeca, arrancóla el pañuelo y vendó pronto y firme.

Al soltar la muñeca, cuando la arrancó el pañuelo, rodó ésta lanzando un chillido de aquellos de rata pisada. *Mamita* entonces

rompió en llanto desgarrador. ¿Por qué lloraba? ¿Qué misteriosos mundos tomaron vida de repente en aquel cerebro virginal? Hay quien asegura que *mamita* Pipinell, insensible hasta entonces al dolor de sus huesos rotos, lloraba de dolor... porque habían arrancado el pañuelo á su muñeca. Hay quien asegura también que aquel grito de Ketty cuando rodaba, era causado por los padecimientos de *mamita*. Augusto creyó otra cosa; Ketty daba un ejemplo de la ingratitud innata en los hijos: Ketty gruñía porque le quitaron el pañuelo!

—¡Oh! —dijo Augusto,—¡Los hijos, los hijos! Perdón otra vez, madre de mi alma.—Y se alejó llorando.

Media hora no más estuvo allí, y varió su pensamiento exaltado un millón de veces en cada segundo. Aquello que vió de *mamá* Pipinell y Ketty, abultándolo en su poderosa fantasía, le hizo pensar nuevamente en la ingratitud de los hijos: pidió á su madre perdón en el fondo de su alma dolorida, porque volvió su pensamiento airado contra ella, al verse infeliz sin Juana, y suplicó también indulgencia en nombre de Juana al padre que la sacrificó, engrandeciéndose así á sus propios ojos por el convencimiento noble de su levantado espíritu.

Un relámpago iluminó entonces el cielo. Á la luz azulada, creyó ver á su madre, silenciosa

y triste, allí en la inmensidad. Contuvo un grito de admiración y alegría. ¿Lo creeréis? En los labios de su madre, iluminada en el cielo por la luz de un relámpago, había oído estas palabras: —Ve, búscala, protégela, sálvala: sé feliz si puedes: yo rogaré por vosotros.





### XIII

**C**UANDO Augusto entró en el circo, asomábase Juana al mirador: al elevar al cielo las pupilas, le halló triste como su corazón y oscuro como su porvenir. Fraguaba en su mente el medio de huir de aquel hombre. Había llegado á odiarle, no como al verdugo, á quien todo reo perdona: le odiaba como odiamos á los que nos impide respirar y nos hace lentamente morir de asfixia;

á lo que amenaza de continuo caer de golpe sobre nosotros, para aplastarnos, y no cae nunca.

Más ratos tenía Juana de irritación que de abatimiento. La presencia del duque la hacía exasperar antes que temer, y eso que no podía vivir de espanto, con la eterna presión de aquellas pupilas ardientes, clavadas en sus carnes y horadando sus huesos, como plomo derretido.

Habíase asomado al mirador, y en él estaba sin preocuparse de lo que sucedía dentro. Quedó el duque allí, con un libro en la mano. No he podido, por más que lo averigüé, dar con el título de aquella obra. Es lástima: siendo del gusto y de la índole,

por lo tanto, de este señor, sería una obra digna de ser anotada y registrada para gloria y solaz de mis lectores. Estaba el ínclito duque, como siempre, con su flotante túnico, su casquetín de borla colgandera y sus pantuflas misteriosas: reclinábase en un sillón y fingía leer é interesarse en la lectura. Lo fingía de tal modo, que Juana se engañó, yéndose confiadamente al cierro.

En lo más triste y más intrincado de sus elucubraciones hallábase la duquesa, cuando oyó en su oído casi la voz del marido, que se había aproximado sin que ella le sintiese.

—Pero ¿hasta cuándo durará esto?

—¡Qué extrañeza me causa oír

tales expresiones, señor! No parecen de hombre sensato y sí de niño. Diría cualquiera, al vernos, que nos habíamos cambiado por la edad.

Decía esto Juana y volvía con lentitud al sofá. Sentóse allí, dejándose caer con perezoso abandono, y abrió la boca en descomunal bostezo.

—Sí,—dijo el duque, sin disimular su impaciencia;—cualquiera diría eso de que habíamos cambiado por la edad. Es lógico: yo soy un chiquillo simplón que llora por un juguete, y tú el domine espetado que no lo quiere dar.

Se echó Juana á reir como si le hubiese hecho la comparación mucha gracia; apretó luego los

brazos sobre el busto como para contener un estremecimiento nervioso de fastidio; bostezó otra vez magistralmente.

No hizo caso el viejo: no quería convencerse de que la pereza, el cansancio, el aburrimiento de Juana, los causaba él: cogió el libro nuevamente y siguió la lectura. Juana se estremeció de impaciencia y cólera: todo aquel fingir era inútil. Le faltó la calma y exclamó bruscamente:

—De buena gana me acostaría.

—Acuéstate,—dijo él sin mirarla.

—Es que no puedo: tendría que levantarme después para cerrar la puerta.

—Cerraré yo, porque me quedaré aquí esta noche.

—¡Aquí!—exclamó Juana. Y fué tan extraño su tono, que hizo levantar la cabeza al duque. Sorprendió una sonrisa burlona en los labios de su mujer: tenía la mirada fija á la par en la ensambladura del techo: era una mirada dulce, llena de languidez y encanto. ¡Oh! ¡Cómo habría dado su existencia el duque por que Juana le hubiese mirado así una vez siquiera! Pero no: la mirada no era para él: parecía dirigirse á una visión misteriosa é invisible que flotaba en el espacio. Inmenso malestar se apoderó del pecho del hombre y acabó también de fingir, ante el espolazo iracundo de los celos. —Aquí, aquí,—exclamó otra vez, aproximándose al abismo ciegamente.

Juana, resuelta, sin miramiento de ninguna clase tampoco, temblando de ira, dijo, con la misma sequedad:

—Ya sabe V. que dormiré sola siempre.—Estas palabras decidieron del porvenir de todos: la última y más ardiente lucha habíase empeñado.

—No le hace,—contestó el viejo con rapidez,—me quedo aquí. Y ella, en el mismo tono:

—Es verdad: no le hace, porque me marcharé yo.—Se levantó al decirlo y quedó contemplándola el duque, sintiendo en su alma dolor profundo de ver aquella figura hermosa y regia de quien era dueño y que no podía conseguir sin embargo.

—No, espera,—replicó impetuo-

samente.—No se detenía Juana. Se levantó él entonces, la alcanzó, la cogió de una mano.—He dicho que esperes,—repitió, sombrío, notando que ella quería alejarse aún.

—No. Y ¿por qué?—gritó la indomable. Quiso desprenderse del duque, y su mano fina, delicada y nerviosa crujió entre los largos y duros dedos del maldito. El orgullo la impidió quejarse, pero se la velaron los ojos de lágrimas por la fuerza del dolor. Quedaron así un segundo, frente á frente, como desafiándose. Se hendió el cielo, entonces, allá en la negrura: un relámpago iluminó el espacio: fué una llamarada azul y roja, cuyo destello entró por el mirador, iluminando

súbitamente las dos cabezas. ¡Oh destino! A los súbitos fulgores, creyó ver Juana el rostro del duque, lívido y repugnante, como de un ahogado que se le aparecía en sueños para sumergirla con él en las profundidades cenagosas de que salió; y Juana pareció al marido una reina esplendente y altiva, rodeándose con la luz de la gloria. Él la ansió más, y le encontró ella más repugnante. De un lado y otro había más razón, por lo mismo, para continuar la lucha. ¡Ay! Fué el relámpago mismo, cuya luz salvadora llevó la esperanza al corazón de Augusto.

Lo que dijeron y lo que pasó entonces, fué tan veloz y tan deslumbrante como el relámpa-

go que acababa de extinguirse. Perdida ya la conciencia de todo, tiró el duque violentamente de la mano que tenía cogida. Fué tan violenta la acción, que Juana, perdido el equilibrio, cayó sobre el duque. Retúvola él entonces, apretándola en sus brazos. Defendíase ella con bravura de leona. Todos sus miramientos acabaron. No vió allí al hombre: no vió al marido: vió un fenómeno repugnante, fiera y reptil, contra quien le fué preciso luchar y contra el que sentía la rabia del valiente que es atacado á traición. El rugido de Juana, ofendida por el ultraje que se le estaba haciendo, perdíase dominado por el huracán que bramaba. Oíase, de lejos, chocar de

cristales, algún portazo y ruidos misteriosos: todo lo sentía Juana en la última faz de la tremenda lucha, como los ecos vagos é infernales de algún sueño maldito. Defendíase mientras á la desesperada. Cuando en el desequilibrio de la pelea su rostro tocó alguna vez con el de su marido, irritábase, retorcíase, culebreaba y mordía con furia. Se oyó crujir de corchetes que saltaron, de sedas que se partían, y aquel otro tétrico y espeluznante de canillas que se rompen: habíase despertado terrible y sutil la naturaleza felina del duque, y atendía ya á la lucha como tigre verdadero. Peleó entonces sin ansia de mujer y sin conciencia de humano.

¡Peleó... y vencía! Llevábala hacia las gruesas cortinas oscuras. Lo comprendió ella:—¡La alcoba, el templo de Augusto, el templo donde él no había entrado jamás por no impregnarle con su hálito; porque no tuviese otro aroma que el de las virginidades de la mujer querida!— Aquello le dió fuerza de cíclope: se desprendió del duque descargando brutalmente un puño en su pecho; al echarse atrás entonces, volcó el velador y cayó de espaldas sobre el mismo filo del tablero. La figurilla de porcelana quedó sobre la alfombra contemplando impávidamente lo que allí pasó. Cuando vió el duque á la mujer así, se lanzó á ella precipitadamente sin darle tiempo

á cambiar de postura. Juana exhaló un grito agudo, desgarrado: con el peso del hombre, echado á plomo sobre ella para evitar que se moviese, el filo de la tabla se le hundió por detrás en un costado: iba á desmayarse por el dolor. Quiso gritar y no pudo; quiso revolverse para lanzar de sí al monstruo y no lo consiguió. Se ahogaba de dolor, de cólera, de sentimiento, de vergüenza. En el calor de la lucha, se olvidó de todo; pero la aniquilación física hizo funcionar nuevamente las ideas. Lloró entonces, imploró á la Virgen, á los cielos. Viéndose ya vencida, exclamó en un grito ahogado de su corazón, un grito inexplicable que parecía hecho con lágrimas, perdones y blasfe-

mias:—¡Padre !...—Y cerró los ojos, calló, quedó inmóvil... ¡Oh misterio humano! ¿Por qué el grito de Juana detuvo al duque, volviéndole también á la reflexión y la vida? Quedó allí, de pie, mirándola estremecido y desesperado: la vió allí, despeinada, hermosísima, desnudo el pecho, revuelta la falda: uno de los zapatitos de raso estaba junto á ella: la figurilla de porcelana se había metido de cabeza en el lindo zapato. Allá, afuera, bramando la tempestad; y dentro, el hálito estertoroso de Juana, del eterno imposible, de la pesadilla, de la condenación espantosa... Y en un repentino arranque de cólera y de locura por la terrible impotencia de hacerse dueño de la

mujer como no fuese asesinándola, avergonzado de lo que hizo y con rabia tremebunda de sentir la vergüenza, feroz como nunca y reconociéndose vencido como siempre, salió blasfemando sin volver el rostro.

Ella quedó inmóvil como muerta: sudor copioso bañaba su cuerpo dolorido. Nadie acudió en su ayuda: la gente de la servidumbre que podía acudir, quedó quieta, esperando que llamase. Vieron salir al duque y hubo quien se estremeció de pavora al verle. En tal situación hallábanse, y entró Augusto. No preguntó, no dijo una palabra, y nadie trató de detenerle, porque todos le conocían. Llegó presuroso al gabinete, á tiempo que Juana volvía

de su desmayo. Incorporábase con dificultad.—¡Oh, Augusto!—Cómo le echaba de menos entonces. ¡Todo había sido por él!...—¡Augusto! ¡Augusto!—Y lloraba sin consuelo. Sintió una sacudida poderosa de la sangre, al oír unos pasos. ¡Sí, era él!

—¡Augusto! ¡Augusto de mi alma!

Quedaron abrazados é inmóviles, comprendiendo él todo lo que había sucedido y feliz ella de ser comprendida. Estremeciéndose el alma de frío, se vió entonces el inmenso y grandioso poema de la mujer, en esta frase solamente, que pronunció Juana:

—Mírala: puedes mirarla con orgullo.—Y señaló la alcoba.

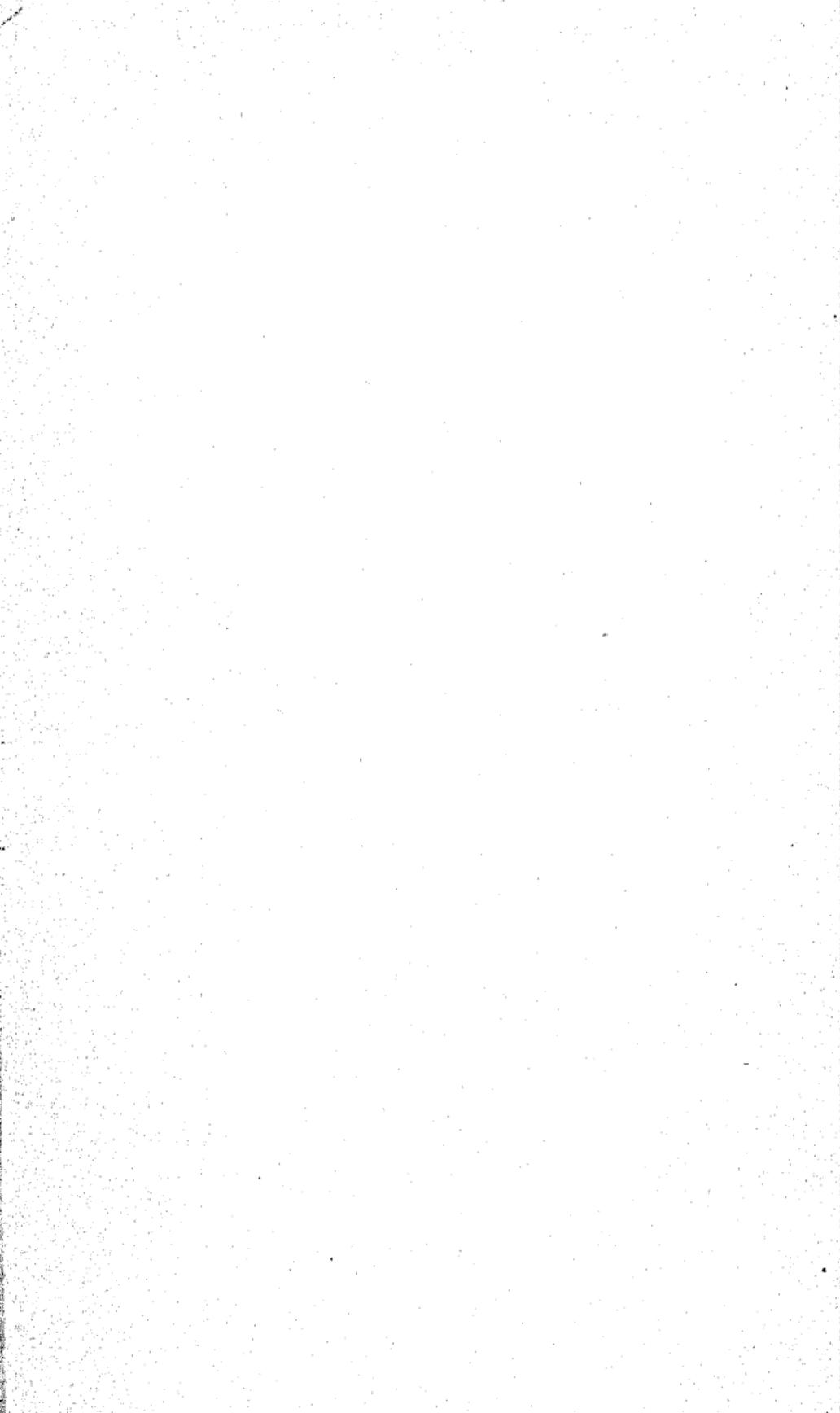
Una lágrima ardiente de gratitud quemó el rostro del hombre.

—Y ¿qué harás? ¿Qué haremos en adelante?

—¡Contigo, contigo siempre!  
—Se ordenó las ropas, se arregló también el deshecho peinado, se puso un sombrero, se cogió de Augusto para que la sostuviera y salieron sin hablar. Con silenciosa pena les vieron salir los criados. No parecía Juana mujer que huye con el amante: al contrario, reina orgullosa que vuelve de la prisión al trono. La casa quedó sumida en pavorosa quietud: oíase en la cocina el cuchicheo sigiloso de los criados; en la calle, el gotear de la lluvia; en el cielo, el rugir del huracán.

En el cuarto de Juana, allí, ante las cortinas oscuras de la alcoba, lloraban abrazados los espíritus en pena de dos muertos: el padre de Juana y la madre de Augusto. Un pequeño demonio cerrnase en danza misteriosa sobre el filo del tablero de la mesilla que se volcó. Era el ángel malo de dos buenos hijos.

FIN



—Pero ¿qué dices? ¿Que estás diciendo, Juana?

—Yo quise conservarme para ti, para ti sólo.

Y Augusto vió una sonrisa de felicidad suprema en los labios de la mujer.

—Sí,—repitió;—yo no quise ser de nadie, y no fuí.

—Pero ¿y él?—preguntó Augusto, temblando.

—Se fué por eso,—contestó Juana, muy bajo.

—¡Oh, Dios mío! Pero esto es ya demasiado.

—No, Augusto: es lo que debía ser, porque Dios es bueno.

Sin hablar, hallábase Augusto gozando aquella gran alegría, aquel premio—como dijo antes la duquesa,—cuando saltó Juana de

pronto, desprendiéndose brusca-  
mente de sus brazos: quedó de  
pie, escuchó atenta, sentíanse  
pisadas: se alzó el portier, en-  
tró presurosa la doncella: tem-  
blaba y era muy grande su pa-  
lidez.

—El señor duque está ahí,—  
dijo.

